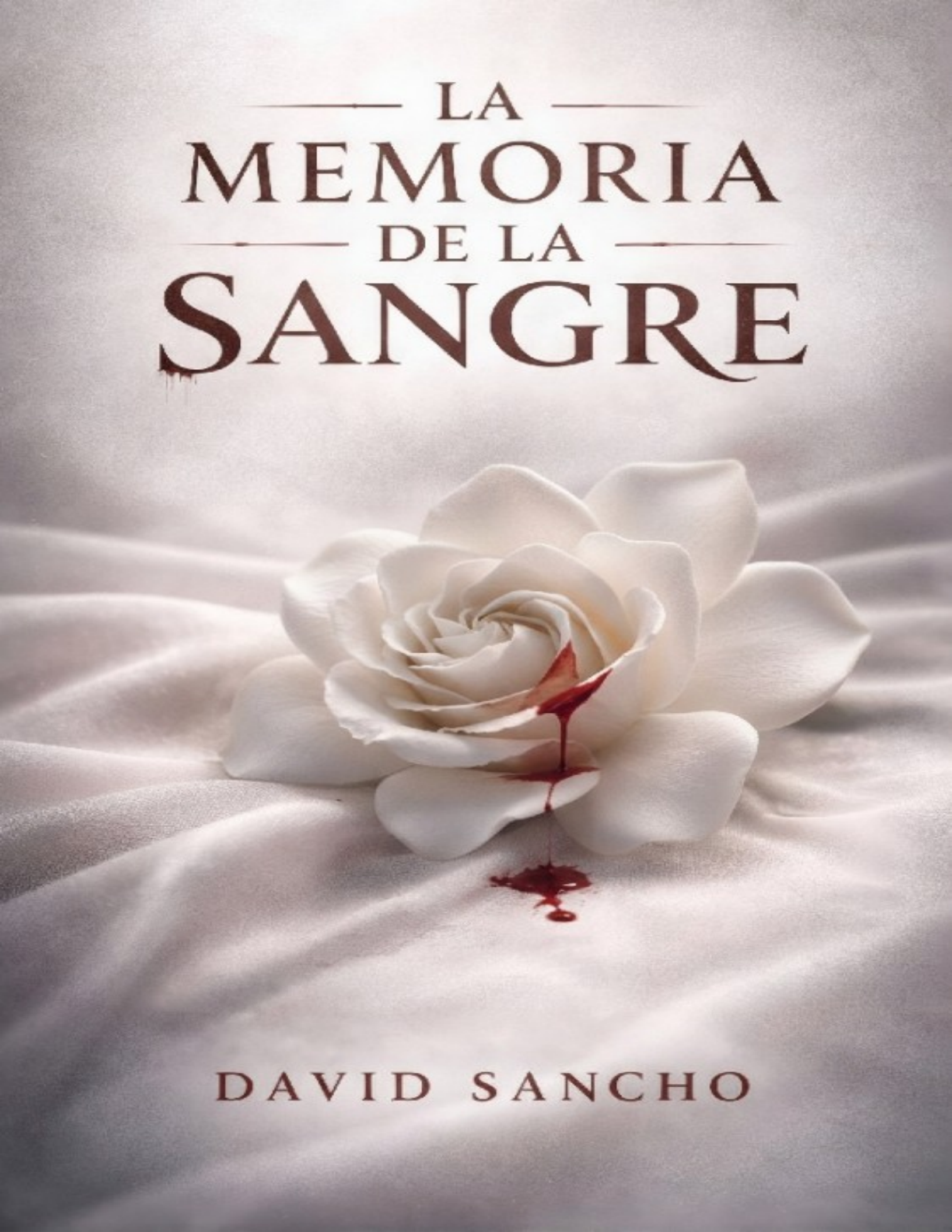
LA MEMORIA DE LA SANGRE



DAVID SANCHO

LA MEMORIA DE LA SANGRE

David Sancho

Copyright © 2026 David Sancho

Todos los derechos reservados.
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía, el escaneo, el tratamiento informático, la distribución mediante alquiler o préstamo público, así como cualquier forma de comunicación o difusión pública, ya sea en formato físico, digital o electrónico, conforme a lo dispuesto en la legislación vigente.

Agradecimientos

Un libro nunca es el trabajo de una sola persona, aunque solo lleve un nombre en la portada.

Quiero dar las gracias a mis lectores beta por sumergirse en esta historia cuando aún era un borrador. Gracias a vuestros apuntes, vuestra paciencia y vuestro ojo crítico, esta obra ha podido ver la luz siendo su mejor versión.

A Ariadna, por estar siempre ahí, dispuesta a escuchar, a leer y a animarme a seguir adelante sin dudar un solo segundo.

A mi familia, por el cariño y el apoyo constante de siempre. Gracias por darme alas para escribir.

Y por encima de todo, a ti, Meritxell. Mi mujer, mi compañera de viaje y mi ancla. Gracias por mantenerme sujeto a la tierra cuando mi mente se pierde en estas historias, por tu amor y por ser mi hogar todos los días. Eres la razón de todo.

LA MEMORIA DE LA SANGRE

CAPÍTULO 1

Una muerte limpia

El silencio en la casa no era paz; era una sentencia. Álex observó cómo el líquido ámbar golpeaba el fondo del vaso con un sonido obsceno en medio de aquella quietud de mausoleo. Lágrimas de Malta. Una botella de ciento cincuenta euros que sabía a madera quemada y a decisiones equivocadas. Miró el reloj digital del horno, cuyos números verdes flotaban en la penumbra de la cocina.

23:42. El minuto exacto.

Álex cerró los ojos y apoyó la frente contra el granito helado de la encimera. El zumbido de la nevera pareció alejarse hasta desaparecer. La cocina se disolvió. La oscuridad de sus párpados se convirtió en un túnel y, sin poder evitarlo, su mente retrocedió exactamente trescientos sesenta y cinco días.

◆ ◆ ◆

La puerta del dormitorio se abrió sin ruido, bien engrasada.

—¿Elena? —preguntó él. Su voz sonaba distinta entonces, más ligera, sin el peso del alcohol.

Entró. La luz de la mesilla estaba encendida, bañando la habitación en un tono dorado. Y allí estaba ella.

Yacía sobre las sábanas de seda color marfil, con las manos relajadas a los costados, palmas hacia arriba, como una ofrenda. Su piel tenía esa palidez luminosa de las estatuas de mármol, inmaculada. Sin sangre. Sin violencia. Solo una quietud absoluta.

un ángel que había decidido dejar de respirar porque el mundo ya no merecía su aire. Una muerte limpia para una mujer perfecta.

—Es un ataque al corazón, Álex. Fue fulminante. No sufrió.

La voz de Javi llegó desde atrás, urgente. Álex sintió el peso de las manos de su amigo sobre los hombros, manos de policía, firmes, girándolo con fuerza para obligarlo a dejar de mirar aquella perfección estática.

—No te acerques más —le susurró Javi al oído, con la voz rota—. Quédate con esta imagen, hermano. Tan guapa. Tan en paz. No dejes que los forenses la toquen delante de ti. Vámonos.

Álex intentó resistirse, dar un paso hacia la cama, tocarle la mejilla una última vez, pero Javi lo arrastró hacia el pasillo, cerrando la puerta tras de sí con un clic definitivo. Al fondo del corredor, Álex vio la silueta de Marta. La mujer intentaba zafarse de otro agente, con el pelo cano revuelto y los ojos desorbitados.

—¡No, no! —gritaba ella, con una voz desesperada que Álex no reconoció—. ¡No puede estar muerta!

Javi le puso una mano en el hombro a Álex y negó con la cabeza, tapándole la visión de su suegra.

—No vayas ahora, hermano. Marta está en estado de shock, está diciendo locuras sobre negligencias y médicos... No dejes que te meta esas ideas en la cabeza. Necesitas recordar a Elena en paz. Déjame que yo hable con ella —dijo Javi, silenciando el teléfono con una calma profesional.

◆ ◆ ◆

¡CRASH!

El sonido del cristal estallando contra el suelo devolvió a Álex al presente con violencia.

Abrió los ojos. Respiraba agitadamente, como si hubiera estado corriendo. El vaso de whisky yacía hecho añicos a sus pies, y el líquido ámbar se extendía por las baldosas blancas como una mancha sucia.

—Por ti, Elena —susurró a la casa vacía, con la voz ronca de quien lleva un año sin hablar con nadie más que con sus propios fantasmas—. Por tu paz.

Se agachó para recoger los cristales, ignorando el corte que se acababa de hacer en el dedo índice. La sangre brotó, una gota roja y

brillante que cayó sobre el whisky derramado.

Fue entonces cuando el olor lo golpeó.

No olía a alcohol. Ni a sangre.

Olía a gardenias.

Álex se quedó paralizado, con un fragmento de vidrio en la mano. El aroma era dulce, empalagoso y absolutamente inconfundible. El perfume de Elena.

Se levantó despacio, girándose hacia la nevera de acero inoxidable. Javi le había obligado a tirar todos los frascos de ella hacía un año. La casa estaba esterilizada de su olor. Era imposible.

Pero allí, en la puerta del frigorífico, sobre la fina capa de polvo acumulado que Álex no se molestaba en limpiar, había algo escrito.

No eran letras viejas. Los trazos eran recientes, limpios, hechos con la yema de un dedo delgado hace apenas unos segundos.

DESPIERTA.

El aire de la cocina bajó diez grados de golpe.

Y al fondo del pasillo, la puerta del dormitorio principal —esa que Javi había cerrado en su recuerdo y que Álex había sellado con llave tras el funeral— hizo un sonido seco.

Clic.

La manilla giró sola. Y la puerta se abrió lentamente hacia la oscuridad.

CAPÍTULO 2

El Santuario Profanado

Álex no se movió de inmediato. Su cerebro, entumecido por el Lágrimas de Malta, intentaba procesar la física imposible de lo que acababa de ocurrir. Las puertas cerradas con llave no se abren. Los muertos no escriben en el polvo.

Sin embargo, el corte en su dedo índice palpitaba con un dolor agudo y muy real, marcando el ritmo de su taquicardia. Una gota de sangre resbaló por su nudillo y cayó al suelo, mezclándose con los cristales rotos.

Plic.

Dio un paso hacia el pasillo. Las tablas del suelo crujieron bajo sus pies descalzos, un sonido que en cualquier otra noche habría sido doméstico, pero que ahora sonaba como una advertencia.

La oscuridad del corredor parecía más densa de lo habitual, como si la luz de la cocina no tuviera fuerza suficiente para penetrarla. Al fondo, la puerta del dormitorio principal permanecía entreabierta, una boca negra que exhalaba aquel olor dulzón y mareante a gardenias.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó de nuevo. Esta vez su voz sonó más firme, cargada de una agresividad defensiva.

—Tengo un arma.

Era mentira. La pistola estaba en la caja fuerte del despacho, descargada. Pero la mentira le dio fuerzas para avanzar.

Caminó pegado a la pared, sintiendo el gotelé áspero contra la palma de su mano sana. Cada metro que avanzaba, el olor a flores se hacía más intenso, casi sólido, pegándosele a la garganta como una tela de araña invisible. Era el olor de ella, sí, pero había algo

debajo. Algo rancio. Como flores dejadas demasiado tiempo en un jarrón con agua estancada.

Llegó al umbral.

Su mano tembló al buscar el interruptor de la luz, pero se detuvo antes de pulsarlo. Algo le decía que encender la luz rompería la magia, o peor, confirmaría su locura. La luz de la luna llena se filtraba a través de las cortinas de gasa, bañando la habitación en tonos azules y grises.

Entró.

El aire estaba helado, mucho más que en el resto de la casa. Era un frío estático, de esos que se te meten en los huesos y no se van con abrigo.

Todo estaba, aparentemente, tal y como lo había dejado el día del funeral. La cama hecha con precisión militar (obra de la señora de la limpieza que venía una vez al mes bajo estricta supervisión). Los cojines alineados. El libro que ella leía, *Cumbres Borrascosas*, todavía en la mesilla de noche, con el marcapáginas de hilo rojo asomando como una lengua burlona.

Álex soltó el aire que no sabía que estaba conteniendo.

—Nadie —susurró, sintiendo una mezcla nauseabunda de alivio y decepción—. Estás borracho, Alejandro. Estás jodidamente borracho.

Se giró para salir, dispuesto a cerrar esa puerta y tragarse todas las pastillas para dormir que encontrara en el botiquín.

Pero entonces, un sonido.

Metálico. Rítmico.

Click. Tink. Tink-tink.

Álex se quedó petrificado. El sonido venía del tocador, situado en el rincón más oscuro de la habitación, junto al gran espejo de cuerpo entero.

Era la caja de música. Una antigüedad de madera lacada que Elena adoraba. La bailarina de porcelana había dejado de girar hacía un año.

Tink-tink-tink.

La melodía, lenta y desafinada por el tiempo, arañó el silencio. *Claro de Luna* de Debussy.

Álex giró la cabeza muy despacio, con el cuello rígido por el terror.

Había alguien sentado frente al tocador.

No era una sombra. Tenía volumen. Ocupaba espacio.

Una figura femenina, de espaldas a él. Llevaba el camisón de seda blanco, el mismo que...

Álex se tapó la boca para ahogar un sollozo. El camisón caía sobre la espalda delgada, revelando la curva de sus hombros, esa curva que él había besado mil veces. El cabello negro, largo y brillante, caía en cascada hasta la cintura.

—¿Elena? —La palabra salió desgarrada, dolorosa.

La figura no se giró. En su lugar, levantó una mano —pálida, elegante— y detuvo el mecanismo de la caja de música con un dedo. El silencio regresó, más pesado que antes.

—Dijiste que nunca me olvidarías —sentenció ella.

La voz era suya, pero sonaba extraña. Hueca. Como si viniera de detrás de las paredes, o desde el fondo de un pozo. No tenía la calidez que él recordaba; tenía bordes afilados.

Álex cayó de rodillas. El impacto contra el suelo de madera no le importó. El dolor físico era irrelevante comparado con la tormenta eléctrica que le estaba friendo el cerebro.

—No te he olvidado. Te lo juro... —balbuceó, arrastrándose un poco hacia ella—. Cada día. Cada maldito minuto pienso en ti. Mira la casa. No he tocado nada.

La mujer sentada frente al espejo soltó una risa suave, seca.

—No has tocado nada... excepto la verdad.

—¿Qué?

Álex buscó su reflejo en el espejo. Pero desde su posición, arrodillado en el suelo, el ángulo del espejo solo le devolvía la imagen del techo y de la parte superior del dosel de la cama. La figura de ella, sentada en el taburete bajo, quedaba justo en el punto ciego, fuera del marco visual del cristal.

Ella se puso de pie. El movimiento fue fluido, casi inhumano, sin el peso que tiene un cuerpo vivo. Pero no se giró para mirarlo directamente.

Álex buscó su reflejo en el espejo del tocador. Necesitaba verle la cara. Necesitaba ver sus ojos verdes.

Pero el espejo estaba vacío. El marco del espejo estaba ligeramente girado, separado de la pared en su esquina inferior. Un centímetro, quizás dos.

El cristal reflejaba la habitación, la cama, la ventana y a Álex arrodillado en el suelo con la mano sangrando.

Pero no reflejaba a la mujer que estaba de pie frente a él.

El pánico estalló en el pecho de Álex como una granada.

—No eres real —gimió, retrocediendo, arrastrando los talones por el suelo—. Eres el whisky.

La mujer se giró lentamente hacia él.

Y Álex gritó.

No porque su rostro fuera una calavera ni porque estuviera podrida. Era peor: era Elena, perfecta, hermosa. Pero sus ojos estaban inyectados en sangre y su mirada cargada de un odio absoluto, irracional. Aun asÃ, seguÃan siendo sus ojos. Verdes. Reales. Demasiado reales para ser un fantasma.

Y su pecho...

El camisón de seda blanco estaba impoluto en su memoria. Pero ahora, frente a él, su cuello estaba cubierto de horribles marcas moradas y había un hilo de sangre seca en la comisura de sus labios.

Ella dio un paso hacia él. El aroma floral empalagoso se tornó insoportable, mezclándose ahora con el olor metálico y cobrizo de la sangre fresca.

—Mírame, Álex —ordenó ella. Su voz retumbó en la habitación, haciendo vibrar los cristales de la ventana—. Tu memoria es un refugio de cobardes. Lo que ves ahora... esto es lo que hiciste.

—¡Yo no te hice nada! —gritó él, cerrando los ojos, encogiéndose en posición fetal—. ¡Te encontré dormida! ¡Javi estaba allí! ¡Javi lo vio!

Sintió un tacto gélido en la muñeca. Dedos fríos y húmedos que se cerraron alrededor de su brazo como grilletes de hielo. El olor a tierra y gardenias lo inundaba todo, pero debajo, casi imperceptible, Álex captó un rastro amargo y punzante. Madera quemada.

Lágrimas de Malta. El mismo whisky que él acababa de vomitar. Su propia mente enferma y borracha estaba vistiendo a aquel fantasma.

Álex abrió los ojos. El rostro de ella estaba a centímetros del suyo. Podía ver los poros de su piel, la textura muerta de sus labios.

—Javi miente —susurró ella, y su aliento olía a tierra mojada—. Y tú... tú has olvidado la sangre para poder dormir por las noches. Pero se acabó el sueño, mi amor.

La presión en su muñeca aumentó hasta doler. La visión de los hematomas en su garganta, tan realistas, tan oscuros, hizo que el estómago de Álex se rebelara.

El mundo dio un vuelco. La habitación empezó a girar. El suelo pareció abrirse bajo su cuerpo.

La oscuridad le invadió desde los bordes de la visión, cerrándose como un diafragma. Lo último que vio antes de perder el conocimiento fue la sonrisa triste de su mujer muerta y la mancha roja expandiéndose, devorando el blanco inmaculado de su recuerdo.

CAPÍTULO 3

La Evidencia del Vacío

El despertar no fue un alivio; fue un accidente de tráfico a cámara lenta.

La conciencia regresó a Álex por etapas dolorosas. Primero, el sonido: un zumbido eléctrico, constante y agudo, taladrándole el oído derecho. Luego, el tacto: la dureza fría de las baldosas bajo su mejilla y un dolor punzante, rítmico, en la mano izquierda. Y finalmente, el olor.

Ya no olía a gardenias. La casa apestaba a alcohol rancio y a vómito seco.

Álex abrió un ojo. La luz de la mañana entraba por el ventanal del salón como una lanza, hiriéndole la retina. Gimió y trató de incorporarse, pero el mundo dio un vuelco vertiginoso. Estaba tirado en el suelo del pasillo, a medio camino entre la cocina y el dormitorio principal.

—Joder... —graznó. Tenía la boca pastosa, como si hubiera estado masticando algodón y ceniza.

Se miró la mano. El corte en el dedo índice era real. La sangre se había secado formando una costra oscura y fea alrededor de la herida, y había manchas marrones en su camiseta blanca.

Bien, pensó, sintiendo una oleada de pánico frío. La sangre es real. El vaso roto fue real.

Se obligó a ponerse de pie, apoyándose en la pared para no caer. Las piernas le temblaban como si fueran de gelatina. Avanzó hacia la cocina, arrastrando los pies, con el corazón bombeándole en la garganta. Necesitaba ver la nevera. Necesitaba confirmar que no estaba loco, que el mensaje seguía allí.

Entró en la cocina. El sol iluminaba cada rincón, revelando el desastre de la noche anterior: los cristales del vaso de whisky esparcidos por el suelo, el charco de líquido ámbar ya pegajoso...

Pero no era el desastre de una sola noche. En el fregadero había tres vasos más con restos de whisky, no uno. Y en la basura, cuando la bolsa se cayó al abrirla, rodaron dos botellas vacías que él no recordaba haber abierto. Una era la de Lágrimas de Malta. La otra era una botella de ginebra Hendrick's que no estaba en la alacena el martes. Alguien la había traído. O él la había comprado durante los días perdidos y tampoco lo recordaba.

Miró sus propias manos. Tenía una rozadura en el dorso de la derecha que no estaba cuando se quedó dormido. Pequeña, como de haberse golpeado contra algo en la oscuridad.

Cuarenta y ocho horas. Dos días enteros borrados de su memoria como si nunca hubieran existido.

Álex levantó la vista hacia la puerta de acero inoxidable del frigorífico.

Se detuvo en seco.

Contuvo la respiración hasta que le dolieron los pulmones.

No había nada.

La superficie metálica estaba impoluta. Brillaba bajo la luz del sol, reflejando su propia cara demacrada, sus ojos inyectados en sangre y su barba de tres días.

No había polvo.

No había mensaje.

Ni rastro de la palabra DESPIERTA.

Álex se acercó, incrédulo, y pasó el dedo por la puerta de la nevera. El metal chirrió. Estaba limpio. Perfectamente limpio. Como si alguien lo hubiera pulido con un trapo hacía apenas unas horas.

—No... —susurró, retrocediendo—. Estaba ahí. Lo vi. Lo escribieron.

Miró hacia el pasillo. La puerta del dormitorio principal estaba cerrada.

Corrió hacia ella, ignorando el mareo. Agarró el pomo.

Cerrado.

Intentó girarlo con fuerza, pero el mecanismo estaba bloqueado. Echó mano al bolsillo de su pantalón buscando el llavero. Las llaves estaban allí.

Abrió la puerta de un empujón y entró, esperando encontrar el horror de la noche anterior: la sangre en las sábanas, el olor a muerte.

La habitación estaba vacía.

La cama, hecha. Las sábanas de seda color marfil, tirantes y perfectas.

La caja de música estaba cerrada sobre el tocador.

El espejo reflejaba la habitación vacía y ordenada.

No había nadie. No había olor a flores. Solo el olor a cerrado y a polvo acumulado durante un año.

Álex se dejó caer al suelo, apoyando la espalda contra el marco de la puerta. Se llevó las manos a la cabeza, tirándose del pelo.

—Estoy perdiendo la cabeza —dijo en voz alta, y la frase sonó aterradora en la casa vacía—. Estoy loco. Oficialmente loco.

En ese momento, el sonido de una llave girando en la cerradura de la puerta principal le heló la sangre.

Clack. Clack.

La puerta de la entrada se abrió. Pasos pesados, seguros, resonaron en el vestíbulo. Pasos que conocía de memoria.

—¿Álex? —La voz era grave, autoritaria pero teñida de esa preocupación paternal que Álex había llegado a odiar y necesitar a partes iguales.

Javi.

Álex no se movió. No tenía fuerzas. Oyó cómo su amigo dejaba unas bolsas en la cocina (probablemente comida que Álex tiraría luego) y cómo sus pasos se detenían al ver los cristales rotos en el suelo.

—Joder, Álex... —murmuró Javi.

Los pasos se acercaron al pasillo. La sombra de Javi cayó sobre Álex antes que el hombre mismo.

Javi vestía de paisano, pero llevaba esa aura tan inconfundible de policía: la postura rígida, la mirada que escanea la habitación buscando amenazas antes de centrarse en las personas. Llevaba una

chaqueta de cuero marrón y vaqueros. Parecía cansado, sólido, real. Todo lo contrario a la figura etérea de la noche anterior.

—Mírate —dijo Javi, negando con la cabeza. No había ira en su voz, solo una decepción infinita—. ¿Otra vez el whisky caro? ¿En serio? Te dije que te iba a matar.

Álex se pasó una mano temblorosa por la cara, tratando de enfocar la vista. La luz del sol le parecía demasiado brillante, demasiado alta para ser temprano por la mañana.

—¿Es… miércoles? —murmuró Álex, mirando la fecha en el reloj de pulsera de Javi—. Pensaba que hoy era martes. La noche del aniversario fue... ayer, ¿no?

Javi le miró con pena, soltando las bolsas de la compra sobre la encimera.

—Llevas dos días sin contestar al teléfono, tío. Has estado en blackout total. Hoy es jueves por la tarde. Llevas 48 horas desaparecido dentro de tu propia casa.

Javi lanzó una bolsa de plástico sobre la encimera. Álex vio que contenía agua mineral y un par de barritas energéticas.

—Tuve que pasarme ayer a dejarte esto. No contestabas. Entré con la llave del porche, te vi tirado en el pasillo roncando entre cristales. Te habías cortado en la mano y la puerta de la nevera estaba manchada de sangre de haberte apoyado en ella. Te recogí los trozos grandes del suelo y le pasé una bayeta al acero de la nevera para limpiarlo. Deduje que seguías respirando, lo que ya era suficiente para mí. —Hizo una pausa—. También subí al desván a buscar la caja de las herramientas, la que tiene la cinta americana. Se cayó una canaleta en mi casa y… No importa. ¿La has visto?

Álex le miró con los ojos apagados.

—No tengo ni idea de dónde está nada.

—Da igual —dijo Javi, encogiéndose de hombros—. No la encontré. Sigue siendo un caos ahí arriba.

Álex levantó la vista, sintiendo un vértigo nuevo. Sus ojos se encontraron con los de su mejor amigo.

Javi metió la mano en su chaqueta de cuero, sacó un pequeño frasco de pastillas sin etiqueta y lo dejó junto al agua.

—Y te he traído más de esto. Las que me consigue mi contacto en psiquiatría —dijo Javi, señalando el frasco—. Tienes que tomártelas, Álex. Llevas un año sin dormir bien.

Álex estiró la mano para coger el pequeño recipiente.

—Ella estuvo aquí, Javi.

Javi se tensó imperceptiblemente. Fue solo un microsegundo, un parpadeo más lento de lo normal, pero Álex, en su hipersensibilidad paranoica, lo notó. Luego, la máscara de "amigo preocupado" volvió a su sitio.

Javi se agachó con una leve mueca de dolor, frotándose instintivamente la rodilla izquierda; con los cambios de tiempo, la vieja lesión de la academia siempre le pasaba factura. Se puso a su altura.

—Álex, por favor. No empieces.

—La vi —insistió Álex, agarrando la manga de la chaqueta de cuero de Javi con desesperación—. No fue un sueño. Estaba en el dormitorio. Llevaba el camisón blanco. Pero... Javi, tenía marcas. Marcas en el cuello.

Javi suspiró, pasándose una mano por la cara.

—Estabas borracho. Mira el suelo de la cocina. Te bebiste media botella tú solo. Probablemente te desmayaste y te diste un golpe en la cabeza.

—¡Me escribió un mensaje en la nevera! —gritó Álex, señalando hacia la cocina—. Ponía "DESPIERTA".

Javi se levantó despacio y caminó hacia la cocina. Álex se puso de pie tambaleándose y lo siguió. Vio cómo Javi examinaba la nevera, pasaba la mano por el acero inoxidable impoluto y se giraba con una expresión de lástima que le revolvió el estómago a Álex.

—Hermano, estás confundido. No piensas con claridad. Ya te lo dije: yo la limpié. Estaba llena de sangre. Y ahí no había ningún mensaje. Nada.

Javi se giró. Desde la encimera, contra la que Álex seguía apoyado, sintió su mirada posarse sobre él. No era la mirada de alguien preocupado. Era la de alguien que calcula. Que evalúa el daño.

—No… no puede ser. Estaba ahí… —La voz de Álex sonó frenética incluso para él mismo—. Yo lo vi.

Javi le agarró por los hombros y le levantó del suelo con una facilidad pasmosa. Al pasar frente al espejo del recibidor, Álex se detuvo un segundo, mareado por el movimiento brusco. La imagen que les devolvía el cristal era perturbadora.

Siempre habían tenido la misma estatura —ese metro ochenta y tres del que presumían en la universidad—, pero Álex solía ser el ancho, el de espaldas cargadas por el gimnasio. Sin embargo, el duelo le había consumido. Doce meses de ayuno y whisky le habían dejado en los huesos, afilando sus facciones y reduciendo su cuerpo hasta convertirlo en una réplica demacrada del de Javi.

Allí, de pie uno junto al otro, con la camiseta gris de Álex colgándole de los hombros igual que la chaqueta de cuero le colgaba a Javi, eran dos versiones del mismo hombre: la versión sana y la versión enferma. El policía y el criminal. Javi era su sombra, o quizás Álex se estaba convirtiendo en la suya.

Javi asintió, comprendiendo que verse a sí mismo en estado tan desmejorado había sido suficiente para entender el mensaje. Bajó la voz, mirándolo fijamente a los ojos.

—Escúchame. Es el primer aniversario. Tu mente está rota por el dolor. Es un mecanismo de defensa, ¿entiendes? Proyectas lo que te duele. Ves sangre porque te sientes culpable por seguir vivo mientras ella está muerta. Es psicología básica, tío.

Álex se soltó del agarre, retrocediendo hasta chocar con la encimera. Le temblaba el labio inferior.

—No... Ella me dijo algo. Me dijo que mi memoria miente. Me dijo: "Mira lo que me hiciste".

El silencio que siguió fue denso. Javi se quedó muy quieto. Su mirada se endureció, perdiendo por un instante la calidez de amigo.

—¿Eso dijo?

—Sí. Dijo que tú mentías. Que el ataque al corazón es una farsa.

Javi soltó una risa corta, sin humor. Caminó hasta la cafetera y empezó a buscar cápsulas, dándole la espalda a Álex. Sus movimientos eran mecánicos, precisos.

—Claro que dijo eso. Porque es lo que tú quieres creer, ¿verdad? —Javi habló sin girarse—. Prefieres creer que hubo un asesinato, un misterio, algo que resolver... porque la verdad es demasiado aburrida y triste. Elena murió de un aneurisma, Álex. Pum. Se apagó. Sin drama. Sin villanos. Y tú no puedes soportar que algo tan hermoso se acabe de forma tan estúpida.

La cafetera empezó a zumbar. El olor a café recién hecho chocó con el olor a vómito.

Álex miró la espalda ancha de su amigo. Javi tenía razón. Todo lo que decía tenía una lógica aplastante. Y, sin embargo, el recuerdo de los ojos ciegos de Elena y la sangre caliente era más vívido que la cafetera que tenía delante.

—Necesito ver el informe —dijo Álex. Su voz salió firme por primera vez en toda la mañana.

Javi se giró despacio, taza en mano.

—¿Qué?

—El expediente policial. El informe forense. Las fotos de la escena. Nunca me dejaste verlas. Dijiste que era mejor recordarla "dormida". Pero necesito verlas, Javi. Necesito ver que no había sangre. Si veo las fotos y está limpia... te prometo que iré a terapia. Me internaré si hace falta. Pero necesito ver la verdad.

Javi lo miró durante un largo minuto. Parecía estar calculando probabilidades, sopesando riesgos. Dio un sorbo al café, sin apartar los ojos de Álex.

El aire en la cocina se cargó de electricidad estática.

Finalmente, Javi dejó la taza sobre la encimera con un golpe suave.

—Está bien —dijo. Su tono era serio, definitivo—. Si eso es lo que necesitas para dejar de torturarte y salir de este agujero... lo haré.

Álex sintió una punzada de alivio, pero también de miedo.

—¿Lo tienes?

—No aquí. Está en comisaría, en el archivo muerto. Es ilegal sacarlo, Álex. Me juego la placa si lo hago.

—Por favor —suplicó Álex.

Javi asintió, como si hubiera tomado una decisión difícil.

—Esta noche. Vendré después del turno. Traeré el expediente completo. Fotos, informe, todo. Pero con una condición.

—La que sea.

—Lo vemos juntos. Una vez. Y después, quemamos ese maldito archivo y tú empiezas a vivir de nuevo. ¿Trato?

Álex asintió, sintiéndose como un niño que acaba de pactar con un adulto.

—Trato.

Javi le dedicó una media sonrisa, triste y cansada, y le dio una palmada en el hombro al pasar a su lado.

—Dúchate, hueles a muerto. Vengo a las diez.

Álex se quedó solo en la cocina. Escuchó la puerta principal cerrarse.

Miró la nevera impoluta una vez más. Luego, bajó la mirada a su mano. La sangre seca en su dedo formaba una línea oscura.

Si Javi tenía razón, esta noche vería fotos de un cuerpo intacto y su pesadilla acabaría.

Álex fue al lavabo y abrió el grifo. Mientras el agua fría se llevaba la sangre de su mano, una certeza aún más gélida se instaló en su estómago: Javi iba a traer algo esa noche. Pero no era la paz. Era el fin de todo lo que Álex creía conocer.

CAPÍTULO 4

El Eco de las Paredes

Cuando la puerta se cerró tras de Javi, el silencio regresó a la casa, pero ya no era el mismo. Antes era un vacío estático; ahora tenía dientes.

Álex cerró el grifo y se secó la mano en el pantalón antes de salir al vestíbulo. Se quedó allí de pie, escuchando el rugido del motor del coche de su amigo alejándose por la carretera de grava. Se sentía expuesto, como un animal criado en cautividad al que de repente sueltan en la selva.

Miró su reloj. Las 11:15 de la mañana.

Faltaban casi once horas para que Javi volviera con el expediente. Once horas a solas con una nevera que se limpiaba sola y una puerta que se abría sin permiso.

—Está bien —dijo en voz alta. Su voz rebotó en las paredes altas del salón—. Estás enfermo, Álex. Asúmelo. Es estrés postraumático. Javi tiene razón.

Decidió ocuparse. La inacción era el enemigo. Fue a la cocina, cogió la escoba y el recogedor, y barrió los restos del vaso de whisky. Mientras recogía los fragmentos ambarinos y pegajosos, una oleada de vergüenza le calentó la nuca. Javi lo había visto así: roto, sucio, borracho a las diez de la mañana. Javi, el héroe, el policía condecorado, el amigo fiel que llevaba un año sosteniendo los pedazos de la vida de Álex.

«No te lo mereces», pensó Álex, tirando los cristales a la basura. «No te mereces su paciencia. Y tampoco te mereces el recuerdo de ella».

Para castigarse, o quizás para probarse a sí mismo que podía soportarlo, Álex fue al salón y se sentó frente al televisor apagado.

No lo encendió. En su lugar, sacó su teléfono móvil y abrió la galería.

La carpeta se llamaba "NOSOTROS". Tenía más de cuatro mil quinientas fotos y unos trescientos vídeos

Álex deslizó el dedo por la pantalla, retrocediendo en el tiempo. Allí estaban. En Bali. En París. En la casa, el día que firmaron la hipoteca.

Elena era magnética. En cada foto, sus ojos verdes parecían devorar la lente. No sonreía mucho; Elena no era de risa fácil. Su expresión solía ser de una satisfacción serena, posesiva. Siempre le tocaba a él en las fotos: una mano en su pecho, un brazo alrededor de su cuello, dedos entrelazados con fuerza. Como si quisiera dejar claro, incluso a la cámara, que Álex era propiedad privada.

Se detuvo en una foto de ella trabajando en su estudio. Elena era ilustradora y tenía un talento casi perturbador para el detalle. Recordó cómo, por pura diversión, imitaba las firmas y la caligrafía de sus amigos a la perfección en las tarjetas de cumpleaños. Una habilidad que a él siempre le pareció fascinante, pero que ahora, en la soledad de la casa, le causaba un leve escalofrío.

Le llamó la atención una foto de la última Navidad. Aparecían los tres sentados a la mesa. Recordó que, tras la foto, Marta se había quedado mirándole a él en silencio, con esa intensidad de los que ven debajo de la piel. «Ten cuidado, Alejandro», le había susurrado en la cocina. Él pensó entonces que eran cosas de una madre sobreprotectora.

Interrumpió el movimiento de sus dedos, parando en un vídeo de hace dos años. Era de una noche cualquiera, en ese mismo sofá.

Le dio al *play*.

En la pantalla, Elena miraba directamente a la cámara del móvil, con el pelo revuelto y una copa de vino tinto en la mano.

—¿Me estás grabando? —preguntaba ella con voz ronca, esa voz que a Álex le hacía vibrar el estómago.

—Estás guapísima —decía la voz de Álex detrás de la cámara.

Elena se acercaba al objetivo, desenfocándose, hasta que su ojo verde ocupaba toda la pantalla.

—Prométemelo, Álex.

—¿El qué?

—Que nunca me olvidarás. Que, si me muero mañana, te morirás de pena. Que no serás capaz de respirar sin mí.

—No digas tonterías, El.

—Promételo —insistía ella, y de repente el tono no era de juego. Era imperativo. Casi una amenaza—. Quiero ser tu último pensamiento.

—Lo prometo. Eres mi vida, Elena.

Ella sonreía entonces, una sonrisa depredadora y satisfecha, y el vídeo terminaba.

Álex bloqueó el teléfono y lo tiró al cojín de al lado como si quemara. A veces, antes de que el alcohol lo borrara todo, recordaba lo fácil que era perder el control con ella. Recordaba las discusiones a gritos donde los celos le cegaban, o esa sensación física de asfixia y pánico absoluto ante la simple idea de que ella pudiera abandonarlo. Su amor por Elena nunca fue un lago tranquilo; era una fuerza bruta que amenazaba con ahogarlos a los dos.

El vídeo le atormentaba, pero no lo borró. Nunca los borraba. Cuatro mil quinientas fotos y trescientos vídeos, y nunca había eliminado uno solo. Como si conservarlos fuera la única forma de mantenerla a su lado.

Algún día, pensó, ese vídeo sería la prueba de que la había amado. De que no era el monstruo que los sueños le decían que era. No sabía que sería la prueba de algo completamente diferente.

El aire del salón se había vuelto denso.

«Te morirás de pena».

Lo había cumplido. Estaba cumpliendo su promesa al pie de la letra.

El móvil vibró sobre la tela del sofá, iluminando la estancia con una luz azulada.

Álex lo miró de reojo. En la pantalla parpadeaba un mensaje de aviso: NÚMERO OCULTO.

Pensó en dejarlo sonar. Javi le había insistido en que se aislara, en que no hablara con nadie en su estado. Pero la casa se le caía encima y el silencio le estaba volviendo loco. Deslizó el dedo por la pantalla y se llevó el aparato a la oreja.

—...¿Sí?

—He tenido que llamarte en oculto porque tu perrito guardián ha bloqueado mi número en tu teléfono móvil —dijo la voz de Marta. Sin saludo. Sin preámbulo.

—Marta… él solo mira por mí. Javi dice que quieres los papeles de la herencia.

—Javi dice muchas cosas —hizo una pausa larga—. ¿Sabes que tu amigo conocía a Elena antes de que tú se la presentaras?

Álex sintió un pinchazo frío.

—Estás mintiendo.

—Tengo una foto. —La voz de Marta era clínica, sin triunfo—. Cuando estés listo para verla, ya sabes dónde vivo.

De nuevo hubo un silencio denso al otro lado de la línea. Álex iba a colgar, pero la mujer añadió algo más.

—Por cierto, Álex... Sé que Javi te está trayendo medicación a escondidas.

Álex frunció el ceño.

—¿Cómo sabes eso?

—Ten mucho cuidado con lo que te tomas, Álex. Esos comprimidos no son para la ansiedad.

La llamada se cortó.

Álex se quedó mirando la pantalla apagada. Marta era una vieja amargada, un buitre. Pero un buitre no habla de fotos. Un buitre no avisa.

Cerró los ojos, deseando que el mundo desapareciera.

El día pasó con una lentitud agónica. Álex intentó comer algo, pero vomitó la tostada a los diez minutos. Intentó leer, pero las letras bailaban en la página.

A medida que la tarde caía y las sombras de los muebles empezaban a alargarse por el suelo de madera, la sensación de ser observado volvió.

No era algo que pudiera señalar. Era una presión en la nuca. Un cambio en la presión atmosférica de la casa.

A las siete de la tarde, mientras estaba en el baño de la planta baja lavándose la cara, escuchó algo arriba.

Creeeec.

El eco inconfundible de la madera vieja cediendo al peso.

Álex cerró el grifo. El agua dejó de correr. Silencio absoluto.

Esperó, con el corazón golpeándole las costillas.

Nada.

—Las casas se asientan —murmuró, repitiendo la frase que le había dicho el arquitecto—. Cambios de temperatura. La madera se dilata.

Creeeec. Pum.

Eso no había sido dilatación térmica. Eso había sido un paso. Un paso decidido en el pasillo de la planta de arriba. Justo encima de su cabeza.

Álex salió del baño, secándose las manos en los pantalones. Miró hacia la escalera. La planta superior estaba a oscuras.

—¿Javi? —llamó, aunque sabía que era imposible. Javi tenía llaves, pero habría oído la puerta.

Nadie respondió.

Álex puso un pie en el primer escalón. La madera crujió bajo su peso.

Subió despacio. Uno a uno.

Al llegar al rellano, miró hacia el dormitorio principal. La puerta seguía cerrada, tal y como la había dejado por la mañana.

Pero la puerta del cuarto de invitados, al final del pasillo, estaba abierta.

Álex frunció el ceño: «¿Estaba abierta esta mañana?».

Su memoria, nublada por el alcohol y el pánico, no era fiable. Quizás sí. O quizás fue la corriente.

Caminó hacia allí. El cuarto de invitados era un lugar estéril, sin recuerdos de Elena. Solo una cama y un armario vacío.

Entró y encendió la luz.

Todo normal. La cama sin sábanas. El armario cerrado.

Se giró para salir, convencido de que su mente le estaba jugando malas pasadas otra vez, cuando algo en el suelo llamó su atención.

Se agachó.

Sobre la tarima flotante, justo en el centro de la habitación, había algo pequeño y brillante.

Lo cogió entre dos dedos.

Era una lentejuela.

Una pequeña lentejuela negra, iridiscente.

Álex la miró bajo la luz de la bombilla, sintiendo un escalofrío que le recorrió la columna vertebral.

Elena tenía un vestido de noche negro, cubierto de estas lentejuelas. Se lo había puesto para la cena de Nochevieja, tres meses antes de morir.

Pero ese vestido no podía estar allí. Javi se había encargado de llevar toda su ropa a la caridad.

—Es antigua —se dijo Álex, apretando la lentejuela en su puño hasta que los bordes se le clavaron en la piel—. Lleva aquí un año. Se cayó entonces y la señora de la limpieza no la vio.

Era la explicación lógica. La única explicación que le permitía no salir corriendo de la casa gritando.

Pero mientras bajaba las escaleras, con la lentejuela clavada en la palma de la mano, Álex no podía quitarse de la cabeza la imagen de alguien caminando por el pasillo de arriba, con un vestido negro de fiesta, esperando a que él se durmiera.

Las horas siguientes fueron una tortura. Álex se sentó en el sofá, mirando el reloj cada treinta segundos.

9:45.

9:50.

9:55.

A las 9:58, los faros de un coche barrieron las cortinas del salón, iluminando brevemente la estancia con un resplandor blanco fantasmal.

Álex se levantó de un salto.

El sonido del motor se detuvo. Una puerta de coche se cerró.

Pasos en el porche.

El timbre sonó. Una vez. Seco.

Álex corrió a abrir. Casi se tropezó con sus propios pies.

Abrió la puerta de par en par.

Javi estaba allí, bajo la luz amarillenta del porche. Llevaba la misma ropa que por la mañana, pero parecía más cansado. Tenía ojeras profundas y la mandíbula tensa.

Bajo el brazo derecho, apretado contra su costado como si fuera un secreto de estado, llevaba una carpeta de cartón marrón, gruesa

y desgastada, atada con una goma elástica.

—Dime que no has bebido —fue lo primero que dijo Javi.

—Ni una gota —respondió Álex, apartándose para dejarle pasar.

Javi entró y el olor a aire fresco de la noche entró con él, disipando momentáneamente el olor a encierro de la casa.

—Bien —dijo Javi. Caminó hasta la mesa de centro del salón y dejó la carpeta sobre ella. El sonido que hizo al caer fue pesado, sordo. Como si dentro no hubiera papeles, sino ladrillos.

Javi se giró hacia Álex. Su rostro estaba serio, carente de toda calidez.

—Una vez que abra esto, Álex, no hay vuelta atrás. Lo que vas a ver no te va a gustar. Va a destrozar esa imagen de "bella durmiente" que tienes en la cabeza. Llevo un año protegiéndote con la mentira del aneurisma, pero no dejas de escarbar y con tus delirios nos vas a hundir a los dos. Es hora de que asumas de una vez lo que hiciste.

Álex miró la carpeta. En la portada, escrito con rotulador negro, se leía: CASO 24-B. VÍCTIMA: ELENA VIDAL.

Sintió náuseas. Pero también sintió una atracción magnética. Allí estaba la verdad.

—Ábrelo —dijo Álex.

Javi suspiró, se sentó en el sofá y desenganchó la goma elástica.

—Siéntate, Álex. Vas a necesitar estar sentado.

Álex obedeció. Se sentó frente a él, con las manos apretadas entre las rodillas para que no le temblaran.

Javi abrió la carpeta. El cartón crujió. No había dentro ningún informe forense con membrete del juzgado, ni sellos de la policía. Solo un sobre manila en blanco.

—El expediente oficial que viste en su día decía aneurisma porque yo me encargué de que lo dijera, Álex —dijo Javi, con voz tensa, casi en un susurro—. Pagué al forense. Limpié la escena antes de que llegaran los de emergencias y le cambié el camisón. Te salvé la puta vida.

Álex lo miró, incapaz de procesar las palabras.

—¿De qué hablas?

—De que cuando llegué esa noche... —Javi dudó un segundo. Su mano se detuvo sobre el sobre manila, mirándole con dureza—. Tú no estabas durmiendo pacíficamente a su lado. Te dejé creer la mentira de la muerte natural porque tu mente se había roto. Bloqueaste lo que hiciste para poder sobrevivir. Pero ahora estás perdiendo el control y nos vas a arrastrar a los dos. Míralo. Míralo y despierta de una maldita vez.

Javi sacó las fotos y les dio la vuelta. Eran fotografías forenses, impresas en papel brillante de alta calidad, de 20x25 cm.

Puso la primera sobre la mesa, boca arriba.

Álex se inclinó hacia delante. El mundo se detuvo.

Esperaba ver a Elena dormida. Quizás pálida, quizás con algún hematoma post mortem.

Lo que vio le hizo soltar un grito ahogado y taparse la boca.

En la foto, la habitación era la misma. La cama era la misma.

Pero Elena no parecía dormida.

Estaba destrozada.

Su camisón blanco estaba manchado de sangre en el cuello y los hombros, marcando el final de un recorrido desde la comisura de la boca. Tenía marcas oscuras alrededor de la garganta. Hematomas púrpuras en forma de dedos. Sus ojos estaban inyectados en sangre, mirando al techo con una expresión de terror absoluto.

Sus manos estaban crispadas, agarrando las sábanas, con las uñas rotas, como si hubiera luchado por su vida.

—No... —gimió Álex, negando con la cabeza, sintiendo que la bilis le subía por la garganta—. No, no, no. Esto es mentira.

Javi puso otra foto. Un primer plano de la lesión.

Otra. Las marcas moradas en la piel pálida del cuello.

Otra más. Una almohada manchada con un hilo de sangre y saliva en el suelo.

—Dios mío, Javi... —Álex levantó la vista, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Me dijiste que fue algo inmediato! ¡Me dijiste que estaba en paz!

Javi lo miró con una mezcla de tristeza infinita y lástima prefabricada.

—Te mentí para protegerte —continuó Javi, con voz suave—. Porque esa noche... cuando llegué tras tu llamada... tú estabas sentado en el suelo, al lado de la cama. Tenías tus manos marcadas en su cuello y los nudillos destrozados de haberla golpeado contra el cabecero. Estabas en shock y no parabas de balbucear que ella te iba a dejar.

La confesión aplastó a Álex contra el sofá. No podía respirar.

—¿Y estas fotos...? —logró articular Álex, señalando el papel brillante con dedos temblorosos—. Si lo limpiaste todo antes de que llegara nadie... ¿quién hizo estas fotos?

—Tuve que hacerlas, joder —respondió Javi, pasándose las manos por el pelo, pareciendo de pronto abrumado y vulnerable—. Para el forense. Necesitaba saber exactamente qué iba a tener que ocultar en la morgue antes de firmar el acta. Y... —Javi bajó la mirada, avergonzado pero firme—, necesitaba protegerme, Álex.

—¿Protegerte? —balbuceó Álex.

—Me estaba jugando la placa, la cárcel, mi vida entera por ti. Si algún día tu mente se rompía del todo, si la culpa te volvía loco y decidías que yo era el asesino para limpiar tu conciencia... necesitaba una prueba de la verdad. Perdóname, hermano, pero tuve que hacerlo.

Javi hizo una pausa, dejando que la amenaza calara en Álex, antes de continuar.

—Después de hacer las fotos, limpié la escena, la vestí, y el forense firmó el aneurisma. Por eso te insistí tanto en incinerarla rápido al día siguiente. Para destruir el cuerpo y salvarte.

Álex temblaba violentamente, mirando a la mujer destrozada en el papel. Javi lo tenía en sus manos. Lo tenía todo documentado.

—¿Y por... por qué me enseñas esto ahora? —preguntó Álex, ahogándose en su propio pánico.

—Porque estás desquiciado, Álex —el tono de Javi se volvió duro, autoritario—. Estás viendo fantasmas en el desván. Te emborrachas, destrozas la casa. Tu suegra está haciendo preguntas y amenazando con ir a comisaría. Si sigues llamando la atención, si sigues escarbando y vas a la policía con tus delirios, reabrirán el caso. Y si el forense se asusta y habla, te pudrirás en la cárcel.

Javi recogió las fotos y las volvió a meter en el sobre.

—Asume lo que hiciste, cállate de una vez, tómate la medicación y déjame que yo me encargue de frenar a Marta.

CAPÍTULO 5

La parálisis de la culpa.

Javi se fue pasada la medianoche, dejando tras de sí un rastro de humo de tabaco y el sobre manila con las fotos macabras sobre la mesa.

—No hagas nada estúpido, Álex —sentenció Javi desde la puerta, mirándole con una mezcla de severidad y lástima—. Quédate en casa. No llames a nadie, no abras a nadie. Mañana volveré a verte. Deja que yo me encargue de contener todo este desastre. Te estoy salvando la vida otra vez, hermano. No lo estropees.

Cuando el coche de Javi desapareció, Álex se quedó solo con las fotos.

Estaban esparcidas sobre la mesa de centro como una baraja de tarot macabra. Elena destrozada. Elena con los ojos vacíos. Elena y la sangre.

Álex se llevó las manos a la cabeza, tirándose del pelo hasta sentir dolor.

—Yo no fui —gimió, balanceándose—. Yo la amaba. Yo nunca...

Pero la semilla estaba plantada. Javi, su ancla, su testigo, le había dicho que sí. Que habían sido sus manos las que apagaron la vida de Elena. Que esas marcas en el cuello eran obra suya.

Álex se llevó las manos a la cabeza y obligó a su memoria a reaccionar, como si pudiera sacudir de ella una verdad que se resistía.

No encajaba. Una estrangulación no es silenciosa: hay sacudidas, arañazos, aire que se corta, un forcejeo desesperado por sobrevivir. Dormían en la misma cama, a apenas unos centímetros. Había bebido whisky, sí, pero nunca caía en un sueño tan profundo.

Su mirada se deslizó, inevitable, hacia el pequeño frasco de pastillas que Javi acababa de dejar sobre la mesa. «Las que me consigue mi contacto en psiquiatría». La frase volvió a su cabeza con un peso nuevo, oscuro. Un miedo distinto, más tangible que cualquier fantasma, le cerró el estómago. Aquella noche, antes de acostarse, Javi le había dado algo con la excusa de la resaca o del estrés. La posibilidad dejó de ser difusa y empezó a adquirir forma.

La sospecha le revolvió las entrañas. Álex bajó al baño de la planta baja y vomitó hasta quedarse vacío, expulsando bilis y cualquier resto de negación.

Al levantarse, se miró al espejo. Sus ojos estaban inyectados en sangre. ¿Eran esos los ojos de un asesino? ¿Podía haber una bestia dormida dentro de él capaz de apuñalar al amor de su vida?

Recordó las peleas. Los celos de ella. La intensidad asfixiante de su relación.

«Si no eres mío, no eres de nadie», solía decir ella. Quizás él había pensado lo mismo esa noche. Quizás él había decidido que si ella se iba (¿iba a dejarlo?), nadie más la tendría.

Agotado, física y mentalmente destruido, Álex subió a su habitación arrastrando los pies. No se atrevió a entrar en el dormitorio principal. La sola idea de ver la cama vacía (o llena de sangre en su memoria reescrita) le aterraba.

Se metió en el cuarto de invitados, donde había encontrado la lentejuela.

Se tumbó en la cama desnuda, sin sábanas, vestido y con los zapatos puestos. Cerró los ojos, rezando para que el sueño fuera un apagón sin imágenes.

Pero su mente no le dio tregua.

El sueño empezó con olor a vainilla y risas.

Estaban en la playa, en su luna de miel. El sol le quemaba la piel de forma agradable. Elena corría hacia el agua, girándose para llamarlo con la mano.

—¡Ven, lento! —gritaba ella, riendo.

Álex corría hacia ella. El agua le salpicaba las piernas.

Pero cuando la alcanzaba y la abrazaba por la cintura, la risa de Elena cambiaba. Se volvía grave. Húmeda.

El agua del mar ya no era azul. Era espesa, caliente y roja.

Álex miraba sus manos. No rodeaban la cintura de Elena. Estaban cerradas con fuerza alrededor de su garganta. No la estaba abrazando; le estaba robando el aire.

—¿Por qué, Álex? —preguntaba ella, sin dejar de sonreír, con los dientes manchados de carmín—. ¿Tanto me querías?

Él intentaba abrir los dedos, soltarla, pero sus manos no le obedecían. Estaban rígidas, bloqueadas, como si su piel se hubiera fundido con la del cuello de ella, atrapándolo en su propio crimen.

—¡Yo no quería! —gritaba él al cielo rojo.

Elena acercaba sus labios a su oído. Su voz era un susurro que hacía vibrar sus huesos.

—Pues ahora tendrás que venir a buscarme... al infierno.

Álex abrió los ojos de golpe.

Estaba despierto. Sabía que estaba despierto porque veía la luz de la farola de la calle filtrándose por las persianas, dibujando rayas horizontales en la pared del cuarto de invitados. Escuchaba el zumbido lejano de la nevera abajo.

Intentó incorporarse. No pudo.

El pánico le golpeó como un mazo. Sus brazos no respondían. Sus piernas eran de plomo. Solo podía mover los ojos, que daban vueltas en sus órbitas frenéticamente.

Parálisis del sueño, pensó su cerebro racional, intentando calmar el latido desbocado de su corazón. Es estrés. Relájate. Pasará en unos segundos.

Pero entonces lo oyó.

El crujido.

Creeeec.

Justo al lado de la cama.

Álex intentó girar la cabeza, pero sus músculos del cuello estaban bloqueados. Solo podía mirar hacia el techo y, por el rabillo del ojo, hacia la puerta abierta del cuarto.

Algo se movió en el umbral.

Una sombra se despegó de la oscuridad del pasillo y entró en la habitación.

No caminaba. Se deslizaba.

El aire se volvió gélido. Álex vio su propio aliento salir en nubes de vapor blanco frente a su cara.

La figura se acercó a la cama.

Llevaba el camisón blanco. El mismo de las fotos.

Pero no estaba manchado de sangre roja y brillante como en la pesadilla. Estaba sucio. Manchado de tierra negra, húmeda, de moho y de fluidos oscuros. Como si acabara de salir de una tumba mal sellada.

Álex quiso gritar. Su garganta se contrajo, sus cuerdas vocales vibraron, pero solo salió un gemido ahogado, patético.

«¡Muévete! ¡Joder, muévete!»

La figura se detuvo junto a la cama. Álex no podía verle la cara, solo el torso y el pelo largo y enmarañado que le caía sobre los hombros.

El colchón se hundió.

Álex sintió el peso físico, real, de un cuerpo subiéndose a la cama junto a él.

La rodilla de ella se clavó en el colchón. Una mano fría, con la piel cerosa y las uñas rotas y sucias de tierra, se posó sobre el pecho de Álex, justo encima de su corazón.

El frío traspasó su camisa, congelándole la piel.

Ella empezó a reptar sobre él. Despacio. Inexorablemente.

Álex sentía el roce de la seda sucia y húmeda contra sus piernas. Sentía el peso de ella aplastándole el diafragma, dificultándole aún más la respiración.

Finalmente, su rostro entró en su campo de visión.

Álex cerró los ojos con fuerza, incapaz de soportarlo.

—Abre los ojos, asesino —susurró ella.

No era una voz de ultratumba. Era la voz de Elena. Ronca, enfadada, pero inconfundiblemente humana.

Álex abrió los ojos, llorando.

Ella estaba encima de él, a horcajadas.

Su cara estaba pálida, con ojeras violáceas pintadas bajo los ojos. Pero sus ojos verdes brillaban con una malicia que no era de este mundo.

Ella se inclinó hasta que su nariz rozó la de él. Olía a tierra podrida y a esas malditas gardenias, una mezcla dulzona y nauseabunda.

—Javi te enseñó lo que hiciste —dijo ella, acariciándole la mejilla con un dedo helado. Su tacto quemaba—. Pero no te enseñó lo que sentí. El frío, Álex. Hace mucho frío ahí abajo.

Álex intentó hablar, mover los labios. Lo siento.

Ella puso un dedo sobre sus labios para callarlo.

—Shhh. No pidas perdón. Paga.

La mano de Elena bajó desde el pecho de Álex hasta su cuello. Sus dedos se cerraron alrededor de la garganta. No apretó para matarlo, solo lo suficiente para que Álex sintiera el pánico de la asfixia, el control total que ella tenía sobre su vida.

—Tienes que terminar lo que empezaste —susurró ella, acercando sus labios a la oreja de él. Álex sintió la humedad de su saliva, real, tibia—. No puedes vivir con esto. La culpa te va a comer por dentro. Ven conmigo. Hazlo esta noche. Hay pastillas en el baño. Hay cuchillos en la cocina. Elige tu salida, cariño. Pero ven conmigo.

Ella acercó aún más sus labios a su oído.

—Te estoy esperando —susurró, antes de clavarle un mordisco intenso en la oreja, mientras sus uñas se hundían salvajemente en el pecho de él.

Y entonces, la presión desapareció.

El peso sobre su pecho se esfumó.

El colchón se recuperó.

Álex aspiró una bocanada de aire enorme, llenando sus pulmones doloridos.

Sus brazos y piernas se desbloquearon de golpe. Se incorporó en la cama, lanzando un puñetazo al aire, gritando de terror puro.

Encendió la lámpara de la mesilla con manos temblorosas.

La habitación estaba vacía.

La puerta, abierta.

El pasillo, oscuro y silencioso.

—¡Ha sido un sueño! —gritó, abrazándose las rodillas, meciéndose—. ¡Ha sido un puto sueño! ¡Parálisis del sueño! ¡Estoy loco!

Se llevó las manos a la cara para secarse las lágrimas y el sudor frío.

Al bajar las manos, sintió un escozor agudo en el pecho. Se bajó el cuello de la camiseta. Tenía cuatro arañazos profundos y sangrantes cruzándole la piel. Retiró los dedos y se miró las manos bajo la luz amarilla de la lámpara.

Sus propias uñas estaban manchadas de sangre y restos de piel. Él mismo se había arañado.

Y, en el suelo, junto a la cama, había algo más.

Huellas.

Huellas de barro negro marcadas sobre la tarima inmaculada. Pero no eran de sus zapatos. Eran de un calzado mucho más pequeño, elegante. El contorno afilado de la suela y el dibujo del tacón estaban perfectamente dibujados en tierra húmeda.

Eran las huellas de los zapatos de una mujer.

El rastro iba desde la puerta hasta la cama, y luego volvía hacia la puerta.

Álex se levantó, siguiendo el rastro hacia atrás. Cruzó el pasillo. Las huellas llevaban al cuarto de invitados, a la cama donde había dormido. Pero en el cuarto de invitados, el rastro no empezaba en la puerta del pasillo. Empezaba debajo de la ventana.

La ventana estaba cerrada. O eso parecía. Álex la inspeccionó. El pestillo estaba corrido, sí, pero la junta de goma del marco estaba rota desde hacía meses —él mismo había pensado en arreglarla—. Con fuerza y paciencia, la ventana podía abrirse desde fuera sin llave. Y el tejadillo del garaje llegaba hasta aquí. Una persona ágil podía subir desde el jardín.

Miró el barro en el suelo.

Tierra de jardín. La misma tierra oscura y húmeda de los macetones que rodeaban la puerta del garaje.

Álex miró la sangre en sus dedos. Miró el barro en el suelo.

La parálisis podía ser mental. El sueño podía ser una alucinación.

Pero el mordisco en su oreja era real.

Y el barro. Estaba claro que el barro venía de fuera.

—No estás muerta —susurró, con la voz quebrada por una mezcla de terror y una esperanza enfermiza—. O eres un fantasma... o estás aquí.

Se levantó de la cama, ignorando el temblor de sus piernas.

Si era un fantasma, quería matarlo.

Si estaba viva...

Álex fue al baño, se lavó la cara y miró su reflejo. Tenía la marca de los dientes perfectamente dibujada en la oreja.

Abrió el botiquín.

Allí estaba el frasco de pastillas que ella había mencionado. Diazepam. Lleno.

Y de repente, una voz surgió en su cabeza, clara y provocadora, como si estuviera susurrándole desde dentro:

«HAZLO».

Álex cogió el frasco. Lo miró. Luego lo tiró con fuerza contra la pared, rompiéndolo. Las pastillas rodaron por el suelo como canicas blancas.

—No —dijo, apretando los dientes—. No me voy a matar. Voy a encontrarte.

CAPÍTULO 6

El Rastro de la Culpa

Eran las tres y veinte de la madrugada. El silencio de la casa pesaba más que el agotamiento que le cerraba los ojos. Álex se miró en el espejo del baño una última vez; el reflejo le devolvió a un hombre que parecía haber envejecido diez años en las últimas cuarenta y ocho horas. No recordaba la última vez que había ingerido algo sólido que su estómago no hubiera rechazado a los diez minutos. Tenía la garganta en carne viva y los músculos de las piernas le vibraban por la falta de glucosa, pero la adrenalina —esa chispa eléctrica y sucia— era lo único que le mantenía en pie.

Salió del baño temblando, sintiendo que caminaba hacia su propia ejecución. Fue a la cocina, abrió el cajón de los cubiertos y sacó el cuchillo de chef más grande que tenía. No lo empuñaba con valentía, sino con el terror de quien va a cazar a un monstruo temiendo descubrir que el monstruo es él mismo.

Regresó al cuarto de invitados.

Encendió todas las luces.

Miró el suelo, y se estremeció.

Las huellas de barro negro eran visibles sobre la tarima clara. Pequeñas, delicadas y aterradoras. Álex pisó al lado de una de ellas. Su pie era el doble de grande.

El rastro empezaba en la puerta, llegaba a la cama y luego volvía hacia la puerta.

Álex se agachó. El barro estaba húmedo. Olía a tierra de jardín y a podredumbre.

—Voy a por ti —susurró.

Siguió las huellas hacia el pasillo. Se veían peor sobre la alfombra oscura, pero si iluminaba con la linterna del móvil en ángulo rasante,

podía ver la textura aplastada del tejido.

El rastro no iba hacia la escalera para salir de la casa.

El rastro iba hacia el final del pasillo.

Hacia la puerta del desván.

Álex sintió un escalofrío. El desván era un lugar muerto, o eso creía. Allí solo guardaban cajas de mudanza, decoraciones de Navidad y las cosas de Elena que Álex no podía soportar ver. Sin embargo, recordó que en la última semana, Javi había estado subiendo varias cajas selladas, alegando que necesitaba guardarlas allí una temporada mientras reformaba su propio trastero. Perdido en la bruma del whisky, Álex no cuestionó a su amigo, que aseguraba hacerlo solo para protegerlo, ni le había dado importancia a los ruidos de pasos o al chirrido de la trampilla que creía oír por las noches.

La trampilla del techo estaba cerrada. El cordón para abrirla colgaba inerte en la penumbra.

El rastro de barro terminaba justo debajo.

Álex tragó saliva. Apretó el cuchillo.

Tiró del cordón.

La escalerilla plegable bajó con un chirrido de muelles oxidados que sonó como un grito en la casa silenciosa. Una nube de polvo cayó sobre él.

Subió despacio. Peldaño a peldaño. Cuchillo por delante. Álex notó una corriente de aire. Levantó la vista. El tragaluz del tejado estaba mal cerrado. Era una apertura de obra bastante ancha.

—Sal —dijo, intentando que su voz sonara amenazante, pero solo sonó a súplica—. Sé que estás ahí.

Asomó la cabeza por el hueco.

El desván estaba en penumbra, iluminado solo por la luz de la luna que entraba por un pequeño tragaluz sucio. El aire allí arriba era denso, caliente y olía a polvo antiguo.

Álex subió y encendió la bombilla desnuda que colgaba del techo.

La luz amarilla iluminó el espacio.

Cajas de cartón apiladas. Muebles viejos cubiertos con sábanas blancas que parecían fantasmas estáticos.

No había nadie.

—¡Sal! —gritó, girando sobre sí mismo, lanzando estocadas al aire con el cuchillo.

Entonces lo vio.

En la esquina más alejada, detrás de una pila de cajas de mudanza marcadas como "LIBROS", la capa de polvo desaparecía. Había un espacio despejado.

Álex se acercó, sintiendo que las piernas le fallaban. Soltó el cuchillo, que cayó al suelo de madera con un ruido metálico seco.

Había un colchón viejo tirado directamente sobre las tablas, cubierto por un saco de dormir oscuro y desordenado. A un lado, descubrió una botella de agua a medio beber y varios envoltorios de barritas energéticas. Álex sintió una punzada en el estómago; eran exactamente de la misma marca que Javi le había traído a la cocina el día anterior.

Al otro lado del colchón, perfectamente alineadas, había unas botas de mujer. Estaban cubiertas de barro fresco y oscuro. El mismo barro del jardín.

Pero lo que le cortó la respiración estaba pegado con chinchetas a la viga principal de madera.

Fotografías, decenas de ellas. Eran fotos de su mujer muerta.

Álex palideció al reconocer la ropa que Elena llevaba en las imágenes: el vestido que usó en su último cumpleaños, la sudadera del gimnasio... Eran fotos robadas, tomadas desde lejos. Alguien los había estado vigilando mucho antes de que ella muriera. El terror a lo sobrenatural fue sustituido por un escalofrío humano: había un intruso en su vida, una presencia que había estado orbitando su matrimonio en las sombras. No era el nido de un fantasma; era el puesto de vigilancia de un acosador.

Bajó la vista. Sobre el saco de dormir había un cuaderno negro, de tapa dura. Idéntico a los que Álex usaba para trabajar en la empresa.

Lo abrió con manos temblorosas. La caligrafía era caótica, apretada, llena de borrones. A primera vista, era su letra. Su forma exacta de cruzar las "t" y alargar las "y".

Al pasar el dedo tembloroso sobre el borde de la última hoja, algo manchó su piel. Se miró la yema del índice. Tinta negra. Fresca.

Su mente, saturada por el terror, hizo un chispazo de lucidez. Miró la foto en la que él mismo salía. Miró la tinta. Y recordó de golpe el perturbador talento de su mujer: Elena sabía imitar la caligrafía de cualquiera a la perfección.

Leyó la entrada escrita apenas unas horas atrás:

"Hace mucho frío aquí abajo. El camino hacia arriba es largo, pero tengo hambre de ti. He dormido contigo. Huele mi tierra en tus manos. Voy a arrastrarte conmigo a la oscuridad."

El cuaderno se le cayó de las manos.

Álex retrocedió, arrastrándose por el suelo sucio hasta chocar contra una caja.

—Yo no escribí esto —gimió, negando con la cabeza—. Yo no monté esto. Alguien ha estado viviendo en mi casa.

La evidencia era abrumadora. Las fotos de un acosador. El nido vigilante. Un diario falsificado para incriminarle y volverle loco. Y Javi era el único, aparte de él, que tenía llaves para entrar y salir sin forzar las cerraduras.

De repente, un sonido arañó el silencio del desván.

Scraaaatch. Scraaaatch.

Álex levantó la vista, aterrorizado. El sonido no venía de una esquina. Venía del interior de las paredes de madera. Era el sonido de uñas rasgando tablas, frenético, desesperado. Exactamente igual que alguien intentando salir de un ataúd.

El aire bajó diez grados de golpe. El aliento de Álex se condensó en nubes de vapor blanco.

Entonces, sintió algo húmedo y helado rozarle la nuca. Como unos labios muertos.

—Te toca bajar a ti —susurró la voz de Elena, directamente en su oído.

Álex gritó y se giró lanzando una estocada ciega.

La bombilla desnuda del techo estalló en mil pedazos con un chispazo azul, sumiendo el desván en la oscuridad más absoluta. Las fotos de aquel mural obsesivo desaparecieron en la negrura cuando las velas se apagaron de golpe, como sopladas por un viento invisible.

En la negrura, el sonido de las uñas arañando la madera se multiplicó por todas partes.

Álex no aguantó más. El terror primario se apoderó de él. Se levantó tambaleándose. Miró el cuchillo en el suelo. La tentación de cogerlo y cortarse el cuello allí mismo fue abrumadora. Acabar con el dolor. Acabar con la duda. Sacar de su cabeza esa oscuridad que había matado a Elena.

Pero no pudo. La cobardía, o quizás un instinto de supervivencia primitivo y egoísta, le detuvo.

Dejó caer el cuchillo. Retrocedió hacia la trampilla, huyendo de la guarida, huyendo de la verdad. Bajó las escaleras casi cayéndose, cerró la trampilla y corrió a su habitación.

Se encerró. Arrastró una cómoda pesada contra la puerta y se ovilló en una esquina de su habitación.

—No estoy loco —susurró a la oscuridad, aunque le castañeteaban los dientes—. Alguien me lo está haciendo. Alguien quiere que me hunda.

Esa noche, Álex no durmió. Y, por primera vez en todo un año, decidió no llamar a Javi. La duda, punzante e insidiosa, acababa de echar raíces en su cerebro. Javi tenía llaves de la casa. Javi fue quien subió las pertenencias de Elena a ese desván. Y Javi era quien le insistía constantemente en que estaba perdiendo la cabeza.

Si alguien estaba construyendo su locura desde dentro, Álex acababa de darse cuenta de que, tal vez, estaba confiando su vida a su propio verdugo.

CAPÍTULO 7

El Rastro de la Culpa

La noche avanzó lenta y pesada.

Cada crujido de la madera le hacía saltar. El viento golpeaba las ventanas y las ramas de los árboles arañaban los cristales como dedos buscando una entrada.

Álex se miró la ropa: llevaba sus viejos pantalones de pijama de cuadros rojos —esos que tenían un roto en la rodilla izquierda— y una sudadera negra de su antigua empresa con el logo de "StartTech" en la espalda. No se había cambiado en dos días.

Luchaba contra el sueño, pero el agotamiento era una marea demasiado fuerte.

A las 04:00, su cabeza cayó sobre el pecho.

El sueño lo venció. Un sueño negro, químico, profundo como un pozo.

Pi-pi-pi.

Pi-pi-pi.

El sonido digital le sacó del coma.

Álex abrió los ojos de golpe. Tenía el cuello rígido y la boca seca. La luz del amanecer entraba por las rendijas de las persianas.

El iPad, que había caído al suelo mientras dormía, seguía emitiendo el pitido de notificación.

[EVENTOS DE MOVIMIENTO DETECTADOS]

El corazón de Álex se aceleró.

Cogió la tablet con manos torpes. La pantalla de bloqueo mostraba dos alertas.

Antes de abrir los vídeos, Álex intentó acceder a la línea de tiempo completa. Necesitaba ver qué había pasado antes.

Necesitaba ver cómo demonios había logrado apartar el sofá de la puerta sin despertarse.

Deslizó el dedo por la barra de tiempo hacia atrás.

La pantalla parpadeó en rojo. Un candado apareció en el centro.

ACCESO DENEGADO. SE REQUIERE PERFIL DE ADMINISTRADOR.

Álex maldijo en voz alta. La cuenta principal del sistema de seguridad seguía vinculada al correo de Elena. Él nunca se había preocupado de cambiar las claves ni de transferir la propiedad tras el funeral. Ahora, su propia dejadez se volvía en su contra.

Solo podía ver los clips de alerta, los fragmentos de 30 segundos que el sistema —o quien controlara el sistema— decidiera mostrarle. No podía rebobinar. No podía ver las horas muertas. Estaba ciego a todo lo demás.

—Por favor, que sea un gato —susurró a la habitación vacía, pulsando el primer clip disponible.

Evento 1 - 04:15 AM - Cámara 2 (Pasillo)

Álex pulsó Play.

La imagen verdosa de la visión nocturna llenó la pantalla.

A los cinco segundos, una figura entró en el encuadre caminando desde el salón (donde supuestamente Álex estaba encerrado).

Álex acercó la pantalla a sus ojos hasta que le dolieron.

No era un fantasma.

Era un hombre. Alto. Delgado.

Llevaba unos pantalones de pijama de cuadros oscuros. En la rodilla izquierda, incluso con la mala calidad del vídeo, se veía la mancha blanca de la piel a través del agujero de la tela.

Y la sudadera. Negra. Con el logo de "StartTech" brillando en la espalda cuando la figura se giró.

—Soy yo —dijo Álex, sintiendo que el aire se escapaba de la habitación—. Llevo mi ropa.

El Álex de la pantalla caminaba despacio, arrastrando los pies. Sus brazos colgaban inertes, pesados. Eran sus andares. Esa forma de inclinar la cabeza hacia la derecha cuando estaba cansado. Era innegable.

Sin embargo, al girar hacia el pasillo, la figura de la pantalla hizo algo espeluznante. Su cuerpo se contorsionó en un ángulo

antinatural, con el cuello torcido hacia un lado, como si estuviera roto o como si unos hilos invisibles estuvieran tirando de él. Sus movimientos eran espasmódicos, mecánicos. Sus pupilas, captadas por el infrarrojo, eran dos pozos blancos y brillantes que no parpadeaban. Álex tragó saliva. Aquello no era sonambulismo. Era una marioneta demoníaca. El pánico de ver a su propio cuerpo siendo operado por algo ajeno y maligno le ahogó el grito en la garganta.

En la pantalla, su "otro yo" se detuvo frente a la puerta del baño.

Se quedó quieto, estático, como un robot apagado.

Luego, levantó la mano derecha. Llevaba un rotulador negro.

Empezó a escribir en la puerta blanca. Trazos lentos, espasmódicos.

—No recuerdo esto —gimió Álex, tocándose la frente—. Estaba dormido. Juro que estaba dormido. Intentó pulsar para ver los minutos anteriores, para ver si había alguien más con él, pero el icono del candado volvió a parpadear. SOLO VISTA DE EVENTOS.

Evento 2 - 04:22 AM - Cámara 3 (Escalera)

El vídeo saltó.

Ahora el Álex sonámbulo subía la escalera.

Pero lo que heló la sangre de Álex no fue verle subir. Fue lo que llevaba en la mano izquierda, pegado al muslo.

El cuchillo de cocina.

El mismo cuchillo que Álex había tenido en la mano antes de quedarse dormido.

El Álex de la pantalla subía hacia los dormitorios. Hacia el lugar donde la noche anterior había sentido la presencia.

Llegó al rellano. Se detuvo en seco. Su cabeza se giró hacia la cámara de seguridad con la rigidez de un cadáver, en un ángulo forzado.

En la visión nocturna, su rostro parecía pertenecer a otra persona. Las pupilas brillaban blancas, vacías, sin rastro de humanidad. No parpadeaba.

De repente, su boca se abrió en una mueca imposible, antinaturalmente grande. Como si estuviera gritando en silencio, o como si algo dentro de él estuviera intentando salir.

Levantó el cuchillo lentamente en la oscuridad, apuntando directamente hacia la puerta del cuarto de invitados. Justo hacia donde Álex estaba durmiendo.

El vídeo se cortó en seco.

Álex soltó el iPad como si quemara.

Se miró a sí mismo. Llevaba los mismos pantalones de cuadros. La misma sudadera.

Se palpó los bolsillos con pánico. En el bolsillo derecho de la sudadera, sus dedos tocaron algo frío y cilíndrico. Lo sacó. Un rotulador negro permanente. Sin tapa.

Álex se quedó mirando el rotulador, pero esta vez, el terror no le cegó. La claridad que había encontrado en el desván volvió a él como un golpe de adrenalina.

«Cualquiera podría haberse puesto esa ropa. Yo tengo tres sudaderas idénticas de la empresa».

Recordó su propio reflejo en el espejo del pasillo el día anterior, junto a Javi. Misma estatura. Misma complexión física. Y si Javi tenía acceso como administrador al sistema de cámaras, podía haber grabado ese vídeo cuando quisiera, bajar, meterle el rotulador en el bolsillo mientras él estaba sedado por las pastillas, y programar la alerta para que saltara a las cuatro de la mañana.

Los movimientos espasmódicos, el cuello torcido, la cara desencajada... no era una posesión demoníaca. Era teatro. Una actuación exagerada para ocultar los rasgos faciales a la visión nocturna. Alguien estaba interpretando el papel de "Álex el Psicópata" para que él mismo se lo creyera.

—Hijo de puta... —susurró Álex. Le estaban fabricando una camisa de fuerza a medida.

Su teléfono sonó. La pantalla se iluminó en la oscuridad del salón: JAVI.

Eran las 4:35 de la mañana. Javi, que estaba de guardia en el cuartel y recibía las alertas del sistema de seguridad de Álex en su propio móvil, llamó al instante para recoger los frutos de su trampa.

Álex sintió un latigazo de ira. Apenas unos segundos después de ver el vídeo, su "salvador" llamaba. Por supuesto. Él controlaba las cámaras.

Respiró hondo. Si quería descubrir la verdad, tenía que interpretar el papel que Javi había escrito para él: el viudo loco y dócil.

Descolgó y forzó un sollozo.

—¡Javi! —gimió Álex, haciendo que su voz temblara—. ¡Soy yo, Javi! ¡El del vídeo soy yo! Tengo el rotulador en el bolsillo... me he vuelto loco.

—Joder, Álex... —La voz de Javi sonaba perfectamente consternada, una actuación digna de un Oscar—. Tranquilízate. Te lo advertí. Escucha, no llames a nadie. Voy para allá. Si la policía ve ese vídeo con el cuchillo, te encierran en un psiquiátrico penitenciario de por vida.

—Date prisa... ayúdame, por favor —suplicó Álex.

—Voy en cinco minutos. No salgas.

Álex colgó el teléfono. Su expresión llorosa desapareció de inmediato, sustituida por una frialdad absoluta. El teléfono no se le cayó de las manos. Lo apretó con fuerza.

Corrió hacia la puerta principal. Echó el cerrojo, girando la llave dos veces. Luego, arrastró una silla pesada del recibidor y la encajó bajo el pomo, atrancando la entrada.

Javi tenía llaves, pero esta vez no iba a entrar como si fuera el dueño del lugar. Álex necesitaba forzarle a llamar a la puerta. Necesitaba recuperar el control, aunque fuera solo en esos pequeños detalles.

Se dejó caer al suelo, apoyando la espalda contra la madera fría.

Miró hacia la escalera oscura, recordando el santuario enfermizo del desván y el vídeo manipulado. Javi iba a entrar por esa puerta en unos minutos para seguir envenenándole la mente.

—No estoy loco —se prometió a sí mismo en un susurro, apretando la mandíbula—. Y voy a demostrarlo.

Y así, sentado en el suelo del recibidor, con la rabia ardiéndole por fin en el pecho, el ratón se preparó para recibir al gato.

CAPÍTULO 8

La alianza de los rotos

Javi llegó diez minutos después de la llamada. Álex oyó el forcejeo de la llave en la cerradura, el metal chocando inútilmente contra el cerrojo y el sonido sordo de la puerta topando contra la silla.

—¡Álex! ¡Abre la maldita puerta! —gritó Javi desde el porche, golpeando la madera.

Álex esperó unos segundos, forzó un sollozo y, con movimientos torpes fingidos, apartó la silla y giró la llave. En cuanto el cerrojo cedió, Javi entró en la casa como un vendaval descontrolado.

No hizo preguntas. Apartó la silla con un movimiento brusco, cogió a Álex por los hombros y lo llevó al sofá. Su eficiencia era casi militar.

—Voy a borrar eso —dijo Javi, cogiendo el iPad del suelo—. No puede quedar rastro. Pero no desde aquí. Necesito el router.

Javi se fue al pasillo, donde el router de fibra parpadeaba en verde sobre una estantería baja. Álex le oyó desconectarlo, esperar, volver a conectarlo.

—Dame el iPad —dijo Javi al volver, arrebatándole la tablet de las manos—. Voy a entrar con credenciales de emergencia al administrador local.

Javi empezó a teclear con rapidez. Sacó un pequeño pendrive negro del bolsillo de su chaqueta y lo conectó al puerto del dispositivo.

—Si purgo el disco duro y borro la caché antes de que se sincronice el backup secundario, el vídeo desaparecerá del servidor de la policía. El sistema se quedará bloqueado hasta que el administrador vuelva a iniciar sesión. Nadie lo va a hacer, ¿verdad?

—No —murmuró Álex.

Álex, desde el suelo, observó la interacción de Javi con el iPad por el rabillo del ojo. Su cerebro, atrofiado por el pánico, reconoció demasiados movimientos para un simple borrado de archivos.

—Bien. Acabo de revocar los permisos de tu cuenta y destruir los clips —Javi hablaba con la fluidez de quien ha hecho esto antes, tecleando rápidamente antes de dejar el iPad apagado sobre la mesa —. Ya no hay vídeo. No hay cuchillo. No ha pasado nada.

Javi se sentó frente a él y sacó un frasco de pastillas del bolsillo de su chaqueta.

—Tómate dos. Ahora. Necesitas dormir sin soñar, o te vas a romper del todo.

Álex obedeció. Se llevó las dos pastillas a la boca y fingió tragar en seco, pero las escondió bajo la lengua. En cuanto Javi se dio la vuelta para coger las llaves, Álex las escupió silenciosamente en el puño de su sudadera.

—Gracias... —Álex parpadeó, fingiendo que le costaba mantener los ojos abiertos—. No sé qué haría sin ti.

Javi se levantó y le dio una palmada en el hombro.

—Voy a salir a hacer unas gestiones. Tengo que asegurarme de que Marta no haga ruido y no hable con nadie en comisaría. Tú quédate aquí. Las pastillas te dejarán K.O. en veinte minutos. Descansa. Cuando despiertes, pensaremos en cómo sacarte de esta casa un tiempo. El encierro te está volviendo loco.

Javi salió de la casa, cerrando con llave desde fuera.

Álex escuchó el motor del coche alejarse.

A tres manzanas de allí, Javi detuvo el vehículo bajo la sombra de un castaño y apagó las luces. Se miró el nudillo del dedo índice derecho, donde la cicatriz en forma de media luna brillaba bajo la luz mortecina del cuadro de mandos. No era una simple marca; era un recordatorio de quién había llegado primero.

Su mente retrocedió años atrás. Recordó a Elena Vidal antes de que ella se convirtiera en "la esposa del empresario". Recordó su risa gélida y la forma en que ella le miraba cuando Álex no estaba delante.

Javi apretó el volante. Había soportado ver a Álex abrazarla, había aguantado sus alardes de éxito y su riqueza arrogante, esperando el momento en que el castillo de naipes empezara a crujir ante su colapso.

El silencio volvió a caer sobre la casa.

Pero esta vez, el silencio no trajo miedo. Trajo una pregunta.

«Interceptarán la denuncia».

Javi hablaba con demasiada seguridad. Como si controlar a la policía y a los testigos fuera parte de su rutina diaria.

Álex miró el frasco de pastillas que Javi había dejado en la mesa. Sintió una punzada de triunfo amargo al tocar el bulto de los dos comprimidos ocultos en el puño de su sudadera. Javi esperaba que en veinte minutos fuera un mueble más de la casa, pero Álex nunca había tenido la mente tan despejada. La adrenalina del miedo era su única droga.

Marta le había hablado con un veneno gélido por teléfono. No había visto sus ojos, pero podía imaginar el odio y el miedo vibrando en su voz. Si Javi se esforzaba tanto en bloquearla y en decir que estaba demente, era porque Marta guardaba una pieza del puzle que él necesitaba ocultar.

Álex se levantó. Las piernas le flaqueaban, pero la necesidad de saber era un motor potente.

Sabía dónde vivía Marta. En una pequeña casa adosada en el pueblo, a solo diez minutos en coche.

Cogió las llaves de su coche.

Si Javi tenía razón y él estaba loco, daba igual. Pero si Marta tenía razón, tenía que hablar con ella antes de que Javi la silenciara con sus "contactos".

La casa de Marta tenía las persianas bajadas a cal y canto, como si estuviera esperando un bombardeo.

Álex aparcó el coche dos calles más abajo para no ser visto y caminó bajo la llovizna fina que había empezado a caer.

Llamó al timbre. Una vez. Dos veces.

Nadie respondió.

—Marta, soy Álex —dijo a través de la puerta—. Sé que estás ahí. He visto tu coche.

Se oyó un ruido de cerrojos al otro lado. La puerta se abrió apenas cinco centímetros, retenida por una cadena de seguridad.

Un ojo verde le miró desde la oscuridad del recibidor.

—Vete o grito —dijo Marta. Su voz temblaba.

—No vengo a hacerte daño —Álex levantó las manos, mostrando las palmas vacías—. Javi dice que estoy loco. Dice que lo que viste en la ventana fue una alucinación. Pero necesito saberlo, Marta. ¿Qué viste?

—Vi a mi hija —escupió ella—. Su espíritu no descansa por tu culpa. Estuvo anoche en mi jardín, mirándome a través del cristal. Llevaba el camisón blanco, manchada de la tierra donde la enterraste. Vino a pedir justicia.

—¡Yo estaba en el porche! —gritó él, desesperado—. ¡Si yo estaba abajo, no podía estar arriba! ¡Ayúdame a entenderlo! Creo que me estoy volviendo loco. Creo que yo... creo que yo le hice algo hace un año y no lo recuerdo.

Algo en el tono de Álex, en la rotura total de su voz, hizo dudar a Marta. La mujer le miró los ojos, buscando la mentira, pero solo encontró un pozo de desesperación.

Marta cerró la puerta un momento para quitar la cadena y luego la abrió del todo.

—Entra. Antes de que te vea alguien.

El salón de Marta olía a naftalina y a té rancio. Estaba lleno de fotos de Elena. Elena de niña. Elena en la graduación. Elena sonriendo.

Marta se sentó en un sillón orejero y señaló el sofá a Álex.

—Tú estabas en esa cama —siseó la mujer, con una frialdad que heló la sangre de Álex, apretando los puños sobre su regazo—. Mi hija está muerta y tú eras el único allí. ¿Por qué debería creerte a ti, un borracho amnésico, y no al policía que te ha estado encubriendo? Sois la misma basura.

—Porque me está tendiendo una trampa, Marta —suplicó Álex, desesperado—. Durante un año me hizo creer la mentira del aneurisma. Pero anoche me enseñó fotos de Elena estrangulada y

me dijo que fui yo quien la mató estando borracho. Marta, estoy convencido de que ha montado un teatro para convencerme de que estoy loco y que asuma la culpa de algo que hizo él.

Marta soltó una risa amarga al oír el nombre, pero esta vez había una sombra de duda en sus ojos.

—Javi. El fiel escudero. El policía que siempre estaba ahí para "arreglar tus desastres" —repitió ella, casi escupiendo las palabras—. Siempre rondando. Siempre vigilándola como si fuera suya.

La mujer se levantó y fue hacia un aparador de madera antigua. Había una línea dibujada con sal gruesa en el suelo, justo debajo del marco de la ventana. Marta estaba aterrorizada.

Sacó un bloc de dibujo viejo y se lo tiró a Álex al regazo.

—Mi hija no era un ángel, Álex. Siempre le gustaron las sombras y sabía cómo jugar con vosotros. Pero lo que vino anoche a mi jardín no era de este mundo. Olía a tumba profanada. Y ha vuelto a por los dos hombres que la destruyeron.

Álex abrió el bloc. Pasó páginas de bocetos sin sentido hasta que se detuvo en uno que le heló la sangre.

Era un dibujo al carboncillo, muy oscuro. Mostraba a un perro rabioso, un mastín monstruoso con las fauces abiertas, protegiendo a una mujer. En la pata derecha del perro, perfectamente detallada, había una cicatriz en forma de media luna.

Aguzó la vista. Miró su propia mano por instinto y luego recordó a quién pertenecía esa marca. Javi. En el nudillo del dedo índice derecho.

—Elena hizo ese dibujo meses antes de casarse contigo —dijo Marta con voz temblorosa—. Me dijo: "Mamá, si alguna vez las cosas salen mal con Álex, tengo un perro guardián que me sacará de este mundo en secreto. Alguien que haría cualquier cosa por mí".

Álex sintió que el aire de la sala le asfixiaba. Javi no le estaba protegiendo; Javi era el arma de Elena. Pero Marta aún no había terminado. Con dedos torpes, señaló la parte de atrás del cuaderno.

—Mira la solapa del bloc, Álex. Hay algo más. Lo encontré en el cuarto de ella hace meses.

Metió la mano en la solapa y sacó una fotografía de papel mate, desgastada por las esquinas. En ella, Javi y Elena reían abrazados en

una fiesta en la capital. La fecha impresa en el reverso era de tres años antes de que Álex conociera a su mujer.

El mundo de Álex dejó de girar. Javi no era el "amigo fiel" que había aparecido por casualidad para consolarlo; era el amante que Elena había tenido en la recámara desde el primer día. Todo, desde el primer beso hasta el último "pésame" de Javi, había sido una función de teatro.

«Cualquier cosa por mí.»

Recordó las fotos en el desván. La imagen de Elena tomando café, tomada con un teleobjetivo. Recordó a Javi, guardándose el pendrive con el vídeo en el bolsillo hace apenas unas horas. Controlando la seguridad. Controlando la narrativa.

Álex miró a Marta, sintiendo que el aire de la sala le asfixiaba.

—Javi no me estaba encubriendo —susurró Álex, con los ojos muy abiertos, encajando las piezas del horror—. Javi estaba obsesionado con ella. Él era el acosador del desván. Él grabó las fotos. Él me ha estado controlando y drogando.

Marta se santiguó, mirando hacia la ventana.

—Mi hija sabía que su 'perro guardián' tenía rabia. Y ahora ese perro te tiene atado con una correa. Su espíritu ha vuelto, sí... pero tal vez no viene a por ti. Tal vez viene a enseñarte lo que no pudiste ver.

Marta se dejó caer de nuevo en el sillón, temblando, bajando el bloc de dibujo.

—Siempre te tuvo envidia —murmuró ella, como si estuviera atando cabos—. Tu éxito en la empresa, tu casa... Elena. Javi siempre estaba ahí, orbitando, fingiendo ser el mejor amigo mientras te lo quitaba todo lentamente.

—Él la mató, Marta —sentenció Álex, con una certeza helada—. La estranguló y luego reescribió mi memoria cuando yo estaba borracho y en shock. Me ha estado torturando durante un año para salir impune.

Marta le miró a los ojos. El odio que había sentido por su yerno empezó a transformarse en un terror compartido.

—Ayúdame —suplicó Álex, arrodillándose junto al sillón de la anciana—. Tú puedes investigar lo que él hace cuando no está

conmigo. Puedes preguntar en el pueblo. Si voy yo a la policía ahora, él enseñará esas fotos trucadas y me encerrarán para siempre. Necesito pruebas.

Las piezas empezaron a encajar en su mente a una velocidad vertiginosa; el recuerdo del frasco sobre la mesa brilló en su cabeza con una claridad aterradora.

—Él me dio las mismas pastillas la noche que ella murió —continuó Álex, con la voz temblando por el descubrimiento—. Me drogó para que no me despertara mientras la ahogaba, y lo sigue haciendo ahora con la excusa de la ansiedad. Marta, mira el dibujo de tu hija... El perro con la cicatriz. Javi es ese perro. Y si consigue encerrarme en un psiquiátrico, el verdadero asesino de Elena se quedará con tu silencio para siempre.

Marta miró la línea de sal en su ventana, luego el dibujo en sus manos, y finalmente a Álex. Asintió despacio, con el terror transformándose en una determinación gélida.

—Averiguaré en qué anda metido ese cabrón. Si tiene cuentas ocultas o si de verdad controló al forense. Pero tienes que tener cuidado, Álex. Vuelve a tu casa. Hazle creer que su plan funciona. Finge que te has tomado sus pastillas. Sé su marioneta un poco más.

Álex salió de la casa de Marta hacia la lluvia. Ya no se sentía culpable. Ya no dudaba de su cordura.

Se sentía la víctima de un depredador calculador.

Sacó el frasco de pastillas que Javi le había dado. Veneno. O narcóticos para mantenerle inestable. Se guardó el bote en el bolsillo; tendría que tirar las pastillas por el retrete para que Javi viera el frasco vacío.

Miró hacia la carretera, bajo la llovizna. La tristeza y el miedo se habían convertido en una ira negra y espesa. Iba a volver a su jaula. Iba a fingir que estaba roto.

Iba a cazar a su propio perro guardián, sin saber que, desde las sombras, unos ojos verdes, muy vivos, seguían observando cada uno de sus pasos.

CAPÍTULO 9

El teatro de los cuerdos

El trayecto en coche de vuelta a casa fue distinto. La llovizna que golpeaba el parabrisas ya no le parecía un presagio fúnebre, sino un bautismo. El miedo, esa niebla espesa que le había asfixiado durante un año, se había disipado, dejando en su lugar una claridad fría y cortante.

Aparcó en el garaje. Al entrar en la casa, el olor a cerrado y a polvo le dio la bienvenida. El silencio seguía ahí, pero Álex ya no se sentía la presa encerrada en una jaula. Ahora, él era la araña en el centro de la telaraña.

Fue directo al baño del piso de arriba. Sacó el frasco de pastillas que Javi le había dado, volcó el contenido en la palma de su mano y observó los pequeños círculos blancos. Veneno envuelto en amistad.

Tiró casi todas por el inodoro y tiró de la cadena. El sonido del agua tragándose los narcóticos fue la primera victoria real que sentía en meses. Guardó tres pastillas en el frasco y lo dejó sobre la mesita de noche, a la vista.

Luego, se preparó para su papel.

Se alborotó el pelo, se frotó los ojos hasta dejárselos enrojecidos y se aflojó los pantalones del pijama. Se tumbó en el sofá del salón, dejó caer un brazo hacia el suelo con dejadez y cerró los ojos a medias. Empezó a respirar por la boca, lento, pesado.

A las ocho y cuarto de la tarde, escuchó el giro metálico en la cerradura.

Clack. Clack.

Javi entró. Sus botas resonaron en el vestíbulo. Se detuvo en el umbral del salón, observando la escena en la penumbra. Álex no se

movió; dejó que sus párpados pesaran, simulando el aletargamiento del Diazepam.

—¿Álex? —llamó Javi, bajando la voz.

Álex emitió un gruñido pastoso y giró la cabeza lentamente hacia él.

—Javi... —murmuró, arrastrando las sílabas—. ¿Qué hora es?

Javi sonrió. Fue una sonrisa milimétrica, satisfecha. Se acercó, cogió el frasco de la mesita del pasillo que Álex había movido a propósito y lo agitó. El sonido de las tres pastillas chocando contra el plástico confirmó su victoria.

—Te has tomado la dosis entera, eh. Buen chico —dijo el policía, con un tono condescendiente que a Álex le hizo hervir la sangre. Álex se clavó las uñas en la palma de la mano oculta bajo el cojín para no saltarle al cuello—. He hablado con mis contactos en comisaría. He dejado caer que tu suegra está pasando por un episodio de demencia senil por el aniversario. Si llama, le darán largas. Estás a salvo, hermano. Yo me ocupo de todo.

—Gracias... —Álex parpadeó, fingiendo que le costaba mantener los ojos abiertos—. No sé qué haría sin ti. Todo da vueltas...

—Duerme. Mañana vendré a verte.

Javi le dio unas palmaditas en el hombro. El tacto de su mano le dio asco a Álex, pero asintió dócilmente. Segundos después, la puerta principal se cerró y el motor del coche de Javi se alejó por la calle.

Álex abrió los ojos de golpe. La farsa había terminado.

Se levantó del sofá con la agilidad que le había faltado durante días. Su mente trabajaba a mil por hora. Si alguien bajaba del desván por las noches para escribirle mensajes o torturarle, iba a dejar de ser un fantasma invisible. Iba a obligarle a cometer un error.

Fue al pasillo y descolgó un cuadro de la pared. Lo llevó a la cocina, lo envolvió en un trapo de cocina y lo golpeó con la mano del mortero. El cristal estalló con un crujido sordo. Álex desenvolvió el trapo y seleccionó los fragmentos más afilados, piezas irregulares y transparentes como cuchillas de hielo.

Se detuvo en el rellano superior, justo antes de la trampilla del desván. Esparció los cristales sobre la madera oscura del pasillo, creando un campo de minas invisible. Luego, fue a la cocina a por un puñado de harina y lo espolvoreó muy ligeramente sobre el siguiente escalón, apenas una neblina blanca que en la oscuridad sería invisible, pero que bajo una linterna revelaría cualquier pisada.

Terminó su obra y se escondió en el cuarto de invitados. Dejó la puerta entornada apenas dos centímetros. Agarró un atizador de hierro macizo de la chimenea que había subido previamente.

Y esperó.

Las horas se arrastraron. El silencio zumbaba en sus oídos. Las dos de la mañana. Las tres. El frío le entumecía las piernas, pero la rabia le mantenía despierto, ardiendo como un horno interno.

A las 03:42 a. m., el sonido rompió la noche.

Creeeec.

El inconfundible chirrido de la trampilla del desván al abrirse. Luego, el roce suave de la escalerilla plegable bajando.

Álex contuvo la respiración. Apretó el atizador hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

Unos pasos descalzos pisaron el suelo de madera del pasillo. Eran ligeros, casi etéreos. La figura avanzó hacia las escaleras. En la franja de oscuridad que veía a través de la puerta, Álex distinguió la tela blanca de un camisón ondeando y una cascada de pelo negro y enmarañado.

El intruso llegó al borde de la escalera. Inició el descenso.

Uno. Dos. Tres escalones.

Al poner un pie en el pasillo, el silencio de la casa se rasgó.

¡CRAC!

Un jadeo agudo y ahogado rebotó en las paredes. Un sonido humano, doloroso y real. La figura trastabilló, apoyando instintivamente el otro pie en el escalón de la harina para no caer, emitiendo un siseo de puro dolor mientras el cristal se le hundía en la carne de la planta del pie.

Era el momento.

Álex abrió la puerta de una patada y salió al pasillo, levantando el atizador.

—¡TE TENGO! —rugió.

La figura se giró de golpe. En la penumbra, Álex vio el brillo desorbitado de unos ojos verdes bajo la maraña de pelo oscuro. El olor nauseabundo a tierra húmeda y gardenias le golpeó la cara.

Álex se abalanzó sobre ella, agarrándola por el hombro. No era humo. No era un recuerdo. Era sólida. Un cuerpo de mujer, tenso y vibrante de adrenalina.

La intrusa reaccionó con la ferocidad de un animal acorralado. No dijo una palabra. Se retorció, lanzando un zarpazo ciego que arañó el cuello de Álex, obligándole a soltarla a medias. Ella aprovechó el instante para darle un fuerte empujón en el pecho.

Álex retrocedió un paso, chocando contra la pared. La figura no intentó atacarle de nuevo; se dio la vuelta, cojeando visiblemente de la pierna derecha, y trepó por la escalerilla hacia el hueco oscuro del techo con una agilidad desesperada.

—¡No vas a huir! —Álex corrió tras ella, agarrando el último peldaño de aluminio de la escalerilla.

Pero ella ya estaba arriba. Tiró del mecanismo con una fuerza brutal, cerrando la trampilla de golpe, a escasos milímetros de los dedos de Álex.

El pestillo del desván se cerró por dentro con un chasquido metálico. Definitivo.

Álex se quedó solo en el pasillo. Su respiración agitada era el único sonido en la casa. El corazón le golpeaba las costillas con tanta fuerza que le dolía.

Bajó la mirada hacia su mano izquierda. Sus dedos hormigueaban. La había tocado.

Metió la mano en el bolsillo de su sudadera, sacó el móvil y encendió la linterna. El haz de luz blanca cortó la oscuridad del pasillo y bajó hacia los escalones.

Allí estaba la harina, pisada por la huella perfecta de un pie desnudo. Y justo encima, en el cuarto escalón, entre los fragmentos de cristal roto...

Álex se agachó lentamente. El aire abandonó sus pulmones.

Manchando la madera clara, había tres gotas de un líquido oscuro y espeso.

Pasó el dedo índice por una de las gotas. Estaba fresca. Se la llevó cerca de la cara, viendo el tono carmesí brillando bajo la luz del teléfono. Se frotó la yema del dedo, sintiendo la textura viscosa y el inconfundible olor metálico.

Sangre.

Física, real y palpitante.

Una sonrisa lenta, casi terrorífica, se dibujó en el rostro demacrado de Álex mientras miraba hacia la trampilla cerrada del desván.

—Los fantasmas no sangran —susurró a la casa vacía.

La locura acababa de terminar. La cacería acababa de empezar.

CAPÍTULO 10

Secretos exhumados

Eran las nueve de la mañana del jueves, apenas unas horas después de que Álex encontrara la lentejuela en el cuarto de invitados. Mientras Álex intentaba procesar su propia locura, Marta ya estaba en marcha.

Marta aparcó su viejo Peugeot frente a la fachada gris del Tanatorio Municipal. La llovizna de la noche anterior había dejado paso a un cielo plomizo que amenazaba con aplastar el pueblo.

Se bajó del coche y ajustó el cuello de su abrigo. No había dormido. Las palabras de Álex y el dibujo del "perro guardián" se repetían en su cabeza como un eco enfermizo. Necesitaba desenterrar respuestas, y sabía exactamente por dónde empezar a escarbar.

A unos kilómetros de allí, el interior del tanatorio olía a flores marchitas y a productos químicos. Don Eladio, el director de la funeraria, un hombre enjuto y de piel cetrina que llevaba treinta años enterrando a los vecinos del pueblo, levantó la vista del mostrador.

—Marta... —murmuró el hombre, sorprendido y tenso—. Qué sorpresa. ¿Necesitas algo con las flores de la lápida de...?

—Déjate de flores, Eladio —le interrumpió ella, apoyando ambas manos sobre el mostrador de caoba. Su mirada era puro granito—. Vengo a hablar de la noche en que me trajisteis a mi hija. Del protocolo de incineración exprés.

Eladio tragó saliva. Sus ojos nerviosos miraron hacia la puerta de la calle.

—Marta, ya te lo expliqué. Todo fue legal. Su marido firmó los papeles y el agente Javier trajo los permisos de...

—Javier no es forense ni juez, Eladio. Y tú y yo nos conocemos desde que íbamos a la escuela —Marta bajó la voz, convirtiéndola en un látigo afilado—. Si me mientes, iré al cuartel de la Guardia Civil de la capital. Pediré una auditoría de cada maldito certificado de defunción que has firmado en la última década. Sé lo de las facturas infladas, Eladio.

El hombre palideció. Miró a su alrededor y le hizo un gesto para que pasara a la trastienda, lejos del mostrador.

Una vez a solas entre ataúdes vacíos y olor a formol, Eladio se derrumbó.

—Yo no la preparé, Marta. Te lo juro por mi vida.

—¿Qué quieres decir con que no la preparaste?

—El ataúd llegó sellado desde la casa. Lo trajo Javi en el furgón. Me dio un sobre con tres mil euros en efectivo y el certificado del forense ya firmado. Me dijo que había sido un aneurisma fulminante, que Álex estaba destrozado y que tú no soportarías verla así. Me obligó a meter la caja directamente en el horno crematorio antes del amanecer.

El corazón de Marta dio un vuelco.

—¿Quemaste a mi hija sin mirarla?

Eladio negó con la cabeza, temblando.

—Marta... yo llevo cargando cajas de pino treinta años. Conozco el peso de la muerte. Y esa caja... —Eladio levantó la vista, con los ojos llenos de lágrimas de culpabilidad—. Esa caja pesaba demasiado poco. Como si solo tuviera sacos de arena mal distribuidos en el fondo.

Marta sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies. No hay cadáver.

Salió del tanatorio hiperventilando. Al llegar al coche, sacó su teléfono. Si Javi había encubierto un asesinato sin cadáver, había un motivo. Y el motivo siempre era el mismo.

Marcó el número de Carlos, el director de la sucursal bancaria del pueblo, con quien tomaba café los domingos.

—Carlos, soy Marta. Necesito un favor que no puedes registrar en el sistema. Dime qué está pasando con las cuentas de la empresa de Álex, StartTech. Y no me digas que es confidencial, o me presento allí a gritar.

Hubo un silencio tenso al otro lado de la línea. Se oyeron teclas de ordenador.

—Marta... me vas a meter en un lío, pero la verdad es que estoy muy preocupado por Álex. Alguien está vaciando la empresa. Hace dos días recibimos una orden para liquidar los fondos de StartTech: casi novecientos mil euros.

—¿Álex está liquidando la empresa? —preguntó Marta, frunciendo el ceño—. Pero si apenas puede mantenerse en pie.

—Ese es el problema —susurró Carlos—. Todo se ha hecho online y por mensajero. Recibimos un poder notarial que autoriza a Javier a operar en su nombre, junto con las órdenes de transferencia a una cuenta extranjera de un fondo de inversión privado. Todo avalado por la firma de Álex.

Marta sintió un escalofrío. Recordó las postales de cumpleaños. Recordó el perturbador talento de su hija. Elena sabía imitar la firma y la caligrafía de cualquiera a la perfección.

—No fue Álex quien firmó eso, Carlos. Te lo juro.

—Marta, la firma es idéntica a la que tenemos en la base de datos. Y la transferencia fue confirmada con el código de seguridad que llega al móvil de Álex. Desde nuestro sistema, la orden es legal y perfecta.

—¡Pues cancélala! ¡Están robándole!

—No puedo cancelarla sin una denuncia oficial de Álex. Pero escúchame bien: por la cantidad y el destino internacional, el departamento de Prevención de Blanqueo ha retenido la operación por protocolo de seguridad. Está congelada 48 horas. Se libera mañana a medianoche. He intentado llamar a Álex veinte veces para confirmar si está sufriendo una extorsión, pero su teléfono rechaza mis llamadas.

Marta colgó el teléfono, con el corazón golpeándole las costillas.

El aire frío de la mañana le quemó los pulmones.

Javi controlaba el teléfono de Álex. Javi le sedaba. Y

Elena falsificaba los documentos. No solo habían fingido una muerte; estaban a punto de llevarse el trabajo de toda la vida de Álex y dejarle como un demente suicida ante la policía. Mañana a medianoche el dinero volaba, y con él, los asesinos.

Marta arrancó el coche, haciendo chirriar los neumáticos. Tenía que avisar a Álex.

A las once de la mañana, la casa de Álex estaba sumida en un silencio de tumba, pero él ya no sentía miedo. Sentía la adrenalina fría y metódica de un cirujano.

Sabía que Javi estaba en su turno de comisaría. Tenía margen.

Cogió una palanca de acero de la caja de herramientas del garaje y subió las escaleras. Se detuvo en el cuarto escalón para recoger cuidadosamente los cristales ensangrentados y limpiar la harina. No iba a dejar que su "fantasma" supiera que iba tras él.

Llegó al pasillo, se paró bajo la trampilla del desván y metió la punta de la palanca en la rendija de madera. Hizo palanca con todo el peso de su cuerpo. Los tornillos del pestillo interior cedieron con un crujido violento, astillando el marco.

Álex tiró del cordón. La escalerilla bajó.

Subió empuñando la palanca, listo para reventarle la cabeza a quienquiera que estuviera allí arriba.

Pero el desván estaba vacío.

La luz amarillenta que se filtraba por el tragaluz iluminaba el nido del acosador. El saco de dormir estaba revuelto.

Álex avanzó despacio. Se arrodilló junto al colchón y su mirada se clavó en el suelo de madera.

Allí estaban. Gasas blancas manchadas de sangre fresca y oscura, tiradas junto a una botella de agua oxigenada y unas pinzas de depilar. Quienquiera que fuera, se había extraído los fragmentos de cristal de la planta del pie allí mismo, durante la madrugada.

Álex tocó la gasa. La sangre estaba seca, pero era reciente.

Su vista se desvió hacia una pequeña caja de cartón que servía de mesita de noche improvisada. Había un cepillo de pelo de madera.

Álex lo cogió con manos temblorosas. Entre las púas del cepillo había mechones de cabello negro, largo, grueso.

Se lo acercó a la cara. Cerró los ojos y aspiró.

No olía a suciedad ni a tumba. Olía a ella.

Pero el cerebro de Álex seguía luchando por mantener la cordura.

«Es Javi», se dijo a sí mismo, intentando aferrarse a la lógica de Marta. «Javi tiene su pelo de hace un año. Javi usa su perfume para volverme loco. Javi orquestó esto».

Dejó el cepillo y levantó el saco de dormir buscando alguna pista más, algo que incriminara al policía de forma definitiva.

Y entonces, lo vio.

Bajo el colchón asomaba la esquina de un teléfono móvil desechable de prepago. Álex lo sacó y encendió la pantalla. No tenía contraseña.

Solo había un hilo de mensajes en la bandeja de entrada, enviado la noche anterior a las 04:00 a. m.

Mensaje enviado: "Se ha despertado. Ha puesto cristales en la escalera. Me he cortado el pie. Si no le das las pastillas más fuertes hoy, tendré que usar el cuchillo."

Respuesta recibida de PERRO GUARDIÁN: "Tranquila, mi amor. Mañana es el aniversario. Mañana se suicidará y nos largaremos. Cúrate el pie y no hagas ruido."

El teléfono se resbaló de las manos de Álex y golpeó las tablas del suelo con un sonido seco.

Mi amor.

Tranquila.

Las palabras parpadeaban en la pantalla iluminada, grabándose a fuego en sus retinas.

Álex cayó de rodillas sobre las tablas polvorientas. No hubo un grito de furia. No hubo una reacción heroica. Lo que sintió fue un vacío tan inmenso, tan absoluto, que le robó todo el aire de los pulmones. Se agarró el pecho, boqueando como si lo hubieran tirado al fondo del océano.

Todo el último año pasó por su mente como una película grotesca, reproduciéndose a cámara rápida. Los meses de agonía. El sabor a bilis y whisky. Las lágrimas derramadas abrazando una urna

de latón frío que, en realidad, solo contenía cenizas falsas; un teatro macabro diseñado para alimentar su culpa. Recordó el peso de la mano de Javi en su hombro, los abrazos en el pasillo mientras su "mejor amigo" le consolaba por una muerte que nunca ocurrió. Recordó las noches en las que había mirado el fondo de un cajón, pensando en tragarse todas las pastillas para dejar de sentir la culpa de creerse un monstruo.

Y ella había estado aquí.

Levantó la vista hacia el techo mugriento del desván. Ella había estado aquí arriba, a tres metros de distancia. Escuchándole llorar. Escuchándole suplicar perdón a la nada. Jugando a ser un fantasma. Divirtiéndose.

Un sonido extraño, casi inhumano, brotó de la garganta de Álex. Empezó como un sollozo roto, un gemido patético y ahogado, pero poco a poco se fue deformando. El pecho le subía y bajaba con violencia, y el llanto se convirtió en una risa. Una risa ronca, sorda, completamente desprovista de humor o cordura.

Habían jugado con su mente hasta romperla, sí. Pero la presión no le había convertido en un suicida dócil. Lo había vaciado de cualquier rastro de piedad, de amor, de humanidad. El Álex que amaba a Elena, el viudo roto y manejable, acababa de morir desangrado en ese desván.

Se levantó muy despacio, sintiendo que su cuerpo pesaba una tonelada. Sus ojos, antes inyectados en sangre y llenos de pánico, ahora eran dos pozos de agua estancada. Muertos.

Cogió el teléfono desechable del suelo, apagó la pantalla y se lo guardó en el bolsillo de la sudadera. Miró la palanca de acero que había traído para defenderse y la soltó. El metal repiqueteó contra la madera. No la necesitaba. No iba a matarlos a golpes en un arranque de ira; eso era demasiado fácil. Demasiado rápido para lo que merecían.

Se dio la vuelta y bajó por la trampilla, sumiéndose de nuevo en la penumbra de su casa. El silencio le abrazó, pero ya no era el de una tumba. Era el silencio antes de una masacre.

Si Javi y Elena querían que esta noche fuera el acto final de su pequeña tragedia, Álex iba a darles el cierre de telón que jamás

olvidarían.

CAPÍTULO 11

La muerte de la esperanza

Marta conducía con las manos aferradas al volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos. La carretera comarcal estaba resbaladiza por la llovizna, pero a ella no le importaba. Su mente era un hervidero de números, firmas falsas y urnas llenas de arena quemada.

Conectó el manos libres del coche y marcó el número de Álex. Dio tres tonos antes de descolgar.

—¿Marta? —La voz de Álex sonó extraña. No había pánico. No había rastro del viudo tembloroso y sedado de la noche anterior. Sonaba metálica, gélida.

—Álex, escúchame con mucha atención —dijo ella, atropellándose con las palabras—. Tenías razón en todo. Eladio, el de la funeraria, me ha confesado que quemó una caja llena de arena por orden de Javi. Y Carlos, el del banco... Alguien está vaciando tus cuentas, Álex. Mi niña ha imitado tu firma. Se llevan tu dinero mañana a medianoche. ¡No mataste a nadie! ¡Javi lo organizó todo para robarte!

Hubo un silencio sepulcral al otro lado de la línea. Solo se escuchaba la respiración acompasada de su yerno.

—Lo sé, Marta —respondió Álex por fin. Su tono era tan tranquilo que a la anciana se le erizó el vello de la nuca—. Sé que no la maté. Y sé quién falsificó las firmas.

—¿Qué? ¿Cómo que lo sabes? Tenemos que ir a la Guardia Civil de la capital ahora mismo, Álex. Tienes que...

—Marta, escúchame —la cortó él, y esta vez había una urgencia letal en su voz—. Ella está viva. Elena está viva.

Marta pisó el freno por instinto. El coche derrapó un palmo sobre el asfalto mojado antes de estabilizarse.

—¿Qué locura estás diciendo?

—Lleva un año escondida en el desván de mi casa, Marta. He encontrado su sangre. He encontrado su pelo. Es ella. Todo este tiempo ha estado jugando conmigo, esperando al aniversario para que yo pareciera un suicida perfecto a los ojos del seguro y la policía. Son amantes. Javi y ella.

El cerebro de Marta se negó a procesar la información. Era un cortocircuito. Su hija no podía estar viva. Y si lo estaba... no podía ser un monstruo. Su mente de madre buscó desesperadamente una salida lógica.

—La tiene amenazada —balbuceó Marta, con los ojos llenos de lágrimas ciegas—. Javi la tiene secuestrada ahí arriba, Álex. Le obliga a firmar. Le obliga a...

—¡Marta, despierta! —El grito de Álex resonó en los altavoces del coche—. ¡Es cómplice! ¡Están juntos en esto! ¿Dónde estás ahora mismo?

—Llegando a mi casa —dijo ella, temblando de pies a cabeza—. Tengo que coger mis ahorros y el coche grande. Nos vamos a la comisaría provincial, Álex. Nos vamos ahora.

—No. Entra en tu casa, echa la llave y no le abras a nadie. Javi controla mis llamadas y los avisos del banco. Sabe que Carlos me ha estado llamando para lo de la transferencia. Sabe que estamos escarbando. Voy hacia tu casa ahora mismo. Escóndete.

Marta cortó la llamada. Aparcó frente a su pequeño adosado, bajó a trompicones y corrió hacia la puerta. Metió la llave, entró y echó los dos cerrojos.

El salón estaba a oscuras, iluminado solo por la luz grisácea que se filtraba por las persianas bajadas. La gruesa línea de sal seguía esparcida bajo la ventana, intacta.

Marta corrió a la cocina, cogió el cuchillo de trinchar carne más afilado que encontró y regresó al salón. Se sentó en el sillón orejero, frente a la puerta, respirando por la boca, esperando a que llegara Álex.

Pasaron diez minutos. Quince.

Entonces, escuchó el crujido de la grava en el porche.

Marta se tensó. Apretó el mango del cuchillo.

Alguien introdujo una llave en la cerradura principal.

Marta no le había dado copia de sus llaves a Álex. Solo a una persona. A su hija, hacía cinco años.

Clack. Clack.

La puerta se abrió con un gemido lento.

La figura alta y corpulenta de Javi se recortó a contraluz. Llevaba su chaqueta de cuero y una expresión de aburrimiento absoluto.

—Joder, Marta. Qué manía con cerrar con doble vuelta —dijo Javi, entrando en el recibidor y cerrando la puerta tras de sí con suavidad. Vio a la anciana en el sillón, armada y temblando—. Deja eso. Te vas a hacer daño.

—No des un paso más, asesino —escupió Marta, levantando el cuchillo—. La policía provincial está de camino. Sé lo de la funeraria. Sé lo del banco.

Javi suspiró, metiendo las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Carlos, el del banco, es un idiota. Debería haberme imaginado que la vieja cotilla del pueblo le sacaría la información. He visto sus llamadas perdidas en el móvil de Álex. Te estás metiendo donde no te llaman, Marta. Este plan era perfecto. Nadie tenía que salir herido. Solo un viudo borracho y deprimido que se quitaba de en medio por su propio peso.

—¿Dónde está mi hija? —gritó Marta, poniéndose de pie—. ¡Sé que está viva! ¡Sé que la tienes secuestrada!

Javi soltó una carcajada seca. Una risa que sonó genuinamente divertida.

—¿Secuestrada? —Javi miró por encima de su hombro, hacia la puerta abierta de la calle que acababa de cerrar—. Cariño, tu madre cree que te tengo atada a un radiador.

La sangre abandonó el cuerpo de Marta cuando el picaporte de la entrada principal volvió a girar.

La puerta se abrió de nuevo.

Y allí estaba ella.

Llevaba unos vaqueros ajustados, unas botas limpias y un jersey oscuro de cuello alto que ocultaba las marcas de maquillaje que

había usado la noche anterior. Su pelo negro, que en la oscuridad del desván parecía una maraña salvaje, ahora caía liso y perfecto sobre sus hombros.

Estaba radiante. Completamente viva.

Marta dejó caer el cuchillo. El acero repiqueteó contra las baldosas. Las rodillas le fallaron y se desplomó de nuevo en el sillón.

—¿Elena...? —El nombre salió de sus labios como un rezo roto.

Marta quiso correr hacia ella. Quiso abrazarla, olerla, comprobar que era de carne y hueso. Pero algo en la mirada de su hija la clavó en el sitio. No había amor en esos ojos verdes. No había alivio. Había la misma frialdad clínica con la que uno mira a un insecto molesto.

Elena avanzó hacia el salón. Se detuvo un segundo frente a la línea de sal gruesa que Marta había esparcido en el suelo. Esbozó una sonrisa ladeada, casi burlona, y levantó el pie, pisando la sal, rompiendo la barrera para entrar en el centro de la habitación.

Marta entendió la metáfora al instante. El demonio acababa de entrar en su casa.

—Hola, mamá —dijo Elena. Su voz era dulce, pero vacía—. Te dije que mi perro guardián me sacaría de esa casa. Solo que no entendiste cómo.

—¿Por... por qué? —Las lágrimas desbordaron los ojos de Marta, surcando sus mejillas arrugadas—. Te he llorado todos los días. He ido a esa maldita tumba a hablarle a una piedra. ¡Eres mi hija!

—Y tú eres un lastre, mamá —respondió Elena, rodeando el sillón con la elegancia de un depredador—. Siempre lo fuiste. El pueblo era un lastre. Álex era un puto estorbo. Me asfixiaba con su amor, con sus celos, con su mediocridad. Quería mi libertad y quería el dinero de la empresa que yo le ayudé a levantar. No iba a irme con una mano delante y otra detrás tras un divorcio miserable.

Elena se inclinó sobre el hombro de Marta, rozándole el lóbulo de la oreja con los labios.

—¿Sabes qué ha sido lo más divertido de este año? —susurró, y su risa fue un siseo helado—. Esas noches en las que me escapaba del desván solo para venir a verte. Me quedaba ahí fuera, escondida entre tus malditos rosales, viéndote a través del cristal del salón.

Marta sollozó, un sonido roto que nació del fondo de sus pulmones.

—Eres... un monstruo —logró articular la anciana.

—Soy lo que tú hiciste, mamá. Me enseñaste que el amor es sacrificio, ¿no? Pues ahora te toca sacrificarte por mi felicidad.

Elena se alejó un paso y miró a Javi, que observaba la escena con una admiración sumisa.

—Era un plan impecable —continuó Elena—. Dejar que Álex se destruyera solo, que las aseguradoras pagaran por su "suicidio por aniversario" y largarnos. Pero tú tenías que meterte por medio.

El corazón de Marta se rompió físicamente. El dolor en su pecho era peor que el infarto más letal. Su hija, la niña a la que había criado, no existía. Frente a ella había un cascarón vacío, un monstruo calculador y narcisista que no sentía la más mínima empatía por las lágrimas de su propia adre.

—Me vas a matar... —susurró Marta, rindiéndose a la más absoluta desesperación.

Elena suspiró, sacando un pequeño frasco blanco del bolsillo de su jersey. Era un frasco idéntico al de Álex.

—No te voy a matar, mamá. Te vas a suicidar.

Elena desenroscó el tapón y volcó una docena de pastillas en la palma de su mano.

Javi se acercó a Marta por la espalda. Sus manos grandes y pesadas, las manos del "fiel escudero", se cerraron sobre los hombros de la anciana, inmovilizándola contra el respaldo del sillón.

—La pena por el aniversario de la muerte de tu hija fue demasiado para tu frágil corazón —recitó Elena con voz monótona, como si leyera un guion—. Álex vino a verte, te pegó sus delirios, te convenció de que yo era un fantasma que rondaba por su casa, y tu mente de anciana no lo soportó. Tragaste pastillas para dormir y no volver a despertar. Es una tragedia preciosa, mamá. Al pueblo le encantará.

Marta intentó gritar, intentó revolverse, pero Javi le apretó la mandíbula con una mano de hierro, obligándola a abrir la boca, mientras le tapaba la nariz para forzarla a tragar aire.

Elena se inclinó sobre ella. Su rostro, perfecto y despiadado, fue lo último que Marta vio con claridad.

—Cierra los ojos, mamá —susurró Elena, dejando caer el puñado de pastillas en la garganta abierta de su madre—. Te prometo que esto duele menos que vivir.

CAPÍTULO 12

El eco del silencio

El recorrido hasta la casa de Marta fue un borrón. Álex se saltó varios semáforos en rojo, rezando para que la anciana hubiera echado los cerrojos. Pero al girar la última esquina de la calle arbolada, el destello rítmico de las luces azules pintó los charcos de asfalto y le destrozó la esperanza.

Había dos patrullas de la policía local aparcadas en diagonal, bloqueando el acceso. La cinta policial amarilla ya cruzaba el porche del pequeño adosado.

Álex frenó el coche en seco y salió corriendo bajo la llovizna, tropezando con sus propios pies.

—¡Marta! —gritó, intentando cruzar la cinta.

Un agente uniformado le frenó de inmediato, poniéndole una mano firme en el pecho.

—Eh, eh. Atrás. No puede pasar, caballero.

—¡Es mi suegra! —sollozó Álex, y esta vez el pánico en su voz no era fingido. Era terror puro—. ¡Déjeme entrar!

—Déjalo pasar, López. Viene conmigo.

La voz grave y familiar resonó desde la puerta principal. Javi bajó los tres escalones del porche. Llevaba unos guantes de látex azules y una expresión de pesadumbre tan perfectamente ensayada que habría engañado a cualquiera. A los ojos de los agentes, era el policía veterano y comprensivo lidiando con una tragedia familiar.

Javi rodeó a Álex con el brazo, un abrazo protector que a Álex le pareció una soga al cuello, y lo alejó unos pasos de los demás agentes, hacia la sombra de un gran roble.

—Lo siento muchísimo, hermano —murmuró Javi, apretándole el hombro con fuerza. Sus ojos, sin embargo, brillaban con un triunfo gélido—. Hemos llegado tarde.

—¿Qué... qué le has hecho? —susurró Álex, temblando de forma incontrolable. Las piernas apenas le sostenían.

Javi chasqueó la lengua, fingiendo lástima.

—Yo no le he hecho nada, Álex. Ha sido su corazón. Bueno, su corazón y sus pastillas. Estaba muy afectada, ¿sabes? Se ve que la visita de un yerno borracho que le asegura que su hija es un fantasma que ronda por la casa... fue demasiado para ella. Se tragó un bote entero de tus pastillas de Diazepam para no seguir sufriendo.

El golpe de la realidad le impactó en el estómago. Tus pastillas. La coartada era perfecta. Ellos la habían asesinado y Álex iba a cargar con la culpa moral frente a todo el pueblo.

—Eres un monstruo —jadeó Álex, sintiendo que le faltaba el aire.

Javi se inclinó hacia él, rozando su oreja, y su tono protector desapareció, dejando paso a un susurro venenoso.

—Y tú eres un viudo desquiciado que acaba de causar el suicidio de su suegra. ¿Te imaginas lo que dirá el juez cuando le enseñe el vídeo de ti caminando por tu casa con un cuchillo?

Se acercó lentamente a su oreja y, con una calma lúgubre, dejó caer las siguientes palabras como una sentencia:

—Vete a casa, Álex. Tómate lo que queda en tu frasco. Acaba con esto. Si no lo haces esta noche... te juro que mañana te meteré en un pabellón psiquiátrico donde te atarán a la cama hasta que te pudras.

Javi le dio una palmadita en la mejilla, se giró y volvió hacia el porche, gritándole a un agente que preparara el perímetro para cuando llegara el juez de guardia.

Álex se quedó solo bajo la lluvia. Se sentía diminuto, aplastado por una maquinaria criminal perfecta. No podía ganar. Tenían el dinero, tenían a la policía, tenían la narrativa.

Retrocedió, tambaleándose hacia el callejón lateral de la casa de Marta. Conocía el adosado. Había una puerta trasera que daba a un pequeño patio.

Necesitaba verla. Necesitaba comprobar que Marta no le había dejado alguna pista.

Burló la vigilancia de los agentes, que estaban distraídos en la entrada principal, y saltó la valla baja del jardín trasero. La puerta de la cocina estaba entreabierta; probablemente Javi la había abierto para simular que habían ventilado la casa o para dejarle una vía de escape al asesino de Marta.

Álex entró en la cocina, a oscuras.

Se asomó al pasillo que daba al salón. Oía las radios de los agentes fuera, en el porche.

Y entonces, el olor le paralizó el corazón.

No era sangre. No era muerte.

Era el olor dulce, denso y sofocante de las gardenias.

Se giró hacia el final del pasillo. Allí, escondida en la penumbra, ajena a las luces azules de las patrullas que parpadeaban tras las persianas, había una silueta.

La respiración de Álex se detuvo. Toda la rabia, toda la resolución de cazarles que había sentido en su propia casa horas antes, se desmoronó como un castillo de naipes.

La figura dio un paso hacia la luz grisácea del salón.

Era Elena.

Estaba viva. Su piel era pálida, pero real. Sus ojos verdes le devolvieron la mirada. Llevaba el pelo recogido y un jersey oscuro. En su mano izquierda, colgando con desgana, sostenía el bloc de dibujo de su madre.

Álex intentó hablar, pero solo le salió un gemido patético. Las rodillas le fallaron y cayó al suelo del pasillo, apoyando las manos en la madera fría.

Su mente se partió en dos. Una mitad sabía que ella acababa de asesinar a su madre y le había destrozado la vida. Pero la otra mitad, la que llevaba un año llorándola, la que había deseado morir solo por volver a verla un segundo, le traicionó.

—Elena... —sollozó Álex, arrastrándose un palmo hacia ella, suplicando inconscientemente, como un niño aterrorizado—. Elena, por favor... dime que no es verdad. Por favor...

Ella no retrocedió. No se asustó de que él la hubiera descubierto. Al contrario. Elena sonrió. Una sonrisa tan fría, tan desprovista de cualquier atisbo de humanidad, que a Álex se le heló la sangre en las venas.

Se acercó a él caminando despacio, sin hacer ruido, hasta detenerse frente a él. Álex, de rodillas, levantó el rostro empapado en lágrimas.

Ella se agachó. El olor a gardenias le inundó. Una de sus manos, de piel suave y uñas perfectamente cuidadas, se posó en la mejilla de Álex, acariciando las lágrimas igual que hacía cuando él tenía una pesadilla.

Pero su tacto era hielo.

—Mírate —susurró Elena. Su voz era real, cálida, y eso lo hacía infinitamente más macabro—. Siempre tan débil. Siempre tan roto. Llevas un año llorándome y ni siquiera te has dado cuenta de que el mundo es mejor sin ti.

—La has matado... a tu propia madre —gimió él, ahogándose en su llanto.

—Se lo buscó —dijo ella con absoluta indiferencia, como quien habla de un electrodoméstico roto—. Y tú también te lo has buscado, cariño.

Elena agarró la mandíbula de Álex con una fuerza inesperada, clavándole las uñas, obligándole a mirarla a los ojos.

—Mi perro guardián está limpiando la escena fuera —le susurró ella a un centímetro de los labios—. Tienes hasta esta noche, Álex. Vete a nuestra casa. Sírvete un vaso de Malta. Tómate las pastillas. Cierra los ojos y déjanos disfrutar del dinero. Si me obligas a ir yo misma a terminar el trabajo... te juro que la muerte de mi madre te parecerá un puto cuento de hadas comparado con lo que te haré a ti.

Le soltó la cara con desprecio. Álex cayó hacia adelante, apoyando la frente en el suelo, sollozando, completamente destruido, humillado, sin un ápice de dignidad.

Escuchó los pasos de Elena alejándose hacia la puerta trasera.

—Adiós, Álex —fue lo último que escuchó antes del suave clic de la cerradura.

Se quedó allí, tirado en el suelo como un trapo sucio. Era un perdedor. Tenían razón. Habían ganado. Quería morirse. En ese mismo instante, la idea de llegar a casa, servirse ese vaso de whisky y tragarse el veneno le pareció la única salida a un dolor insoportable.

Tardó varios minutos en reunir las fuerzas para levantar la cabeza. Apenas veía nada a través de las lágrimas. Miró hacia el lugar donde Elena había estado de pie.

No había ningún mensaje. No había unas últimas palabras de aliento de Marta.

Solo estaba la gruesa línea de sal que la anciana había esparcido en el suelo. La barrera contra los demonios.

Estaba rota. Pisoteada por la bota de Elena, esparcida por las baldosas oscuras en un gesto de burla absoluta. Junto a la sal desperdigada yacía el bloc de dibujo, abierto en la página del perro rabioso.

Álex se arrastró hasta la línea rota. Tomó un puñado de los gruesos granos blancos, apretándolos en su puño hasta que los bordes le hicieron daño en la piel de la palma.

Y, de repente, el llanto se detuvo.

El sonido de su propia respiración entrecortada se apagó en el pasillo a oscuras. Las lágrimas se enfriaron sobre sus mejillas.

Recordó las palabras de Elena, susurradas a un centímetro de sus labios. «Vete a nuestra casa. Sírvete un vaso de Malta. Tómate las pastillas. Cierra los ojos».

Ese era el plan. Lo querían dócil. Lo querían roto y sumiso, muriendo en silencio en su propia casa para que ellos pudieran heredar su vida, limpiar la sangre de Marta y ser ricos y felices. Se creían intocables.

Álex abrió la mano y dejó caer la sal. Se levantó del suelo con una lentitud mecánica. Sus ojos ya no estaban hinchados ni llenos de súplica. Al robarle la cordura, a su suegra, su empresa y la mismísima ilusión de su duelo, habían cometido un error fatal.

Le habían quitado el miedo.

Ya no había un marido destrozado. Ya no había un paciente psiquiátrico asustado de sus propias sombras.

Álex se guardó el bloc de dibujo bajo la chaqueta. Miró hacia la puerta trasera por donde había escapado su mujer.

Iba a volver a casa, sí. Iba a esperarlos allí, exactamente como Elena le había ordenado.

Pero esta noche, el monstruo no iba a estar en el desván.

Salió al callejón trasero, deslizándose en la lluvia y la oscuridad, dejando atrás las luces azules de la policía. El viudo aterrorizado acababa de morir en ese pasillo. Lo que ahora caminaba hacia el coche era el verdugo de su propia historia.

CAPÍTULO 13

Encerrados con el monstruo

El trayecto de vuelta a casa fue el más lúcido de toda su vida. Álex aparcó el coche a dos manzanas de distancia, oculto bajo la sombra de unos pinos, y caminó bajo la lluvia helada.

No entró por la puerta principal. Bordeó el jardín trasero y usó la llave oculta bajo la maceta del porche para abrir la puerta de la cocina. Lo hizo con una lentitud exquisita, evitando que las bisagras emitieran el más mínimo gemido.

El interior olía a madera, a encierro y, muy al fondo, flotaba ese rastro dulzón a gardenias. Ella estaba arriba. En su nido. Esperando el acto final.

Álex no encendió ninguna luz. Sus ojos, acostumbrados a un año de oscuridad y persianas bajadas, se adaptaron rápidamente a la penumbra. Fue a la caja de herramientas del garaje y cogió unos alicates de electricista.

Volvió a la puerta trasera por la que había entrado, echó los dos cerrojos y se guardó la llave en el bolsillo. No iba a dejarles ninguna vía de escape fácil.

A continuación, preparó el escenario.

En el salón, volcó el frasco de pastillas vacío sobre la mesa de cristal. Sirvió un vaso generoso de Lágrimas de Malta y dejó que el líquido se derramara sobre la alfombra, manchándola de ámbar, simulando que el vaso se le había resbalado de los dedos antes de arrastrarse a morir a otra parte.

Se ocultó en las sombras de la cocina, agachado junto a la isla central, cerca del cuadro de luces, y esperó.

Le temblaban las manos. Estaba agotado, desnutrido y aterrorizado. No era un héroe y lo sabía. Si Javi le ponía las manos

encima, lo destrozaría en segundos. Pero no necesitaba ganarle a golpes; necesitaba destrozarlos desde dentro.

Cuarenta minutos después, los faros de un coche barrieron la fachada.

El motor se detuvo. Pasos pesados y seguros resonaron en la grava del porche.

Clack. Clack.

La cerradura principal giró. Javi entró en la casa, sacudiéndose la lluvia de la chaqueta de cuero. No encendió la luz del recibidor. Caminó directamente hacia el salón y, al ver el frasco vacío y el charco de whisky, esbozó una sonrisa ladeada, la misma que Álex le había visto en el porche de Marta.

Javi miró a su alrededor, buscando el cadáver. Al no verlo en el sofá ni en el suelo, frunció el ceño.

—¿Álex? —llamó, bajando la voz.

Nada.

Javi se dirigió hacia la escalera. Ya no caminaba de puntillas. La farsa se había acabado.

—Elena, baja —llamó Javi, con voz tensa pero aliviada, mirando hacia el techo—. Se ha tomado las pastillas, pero no está en el salón. Ayúdame a encontrarlo antes de que tengamos que llamar a...

Álex levantó los alicates, agarró los cables principales del cuadro eléctrico que ya había dejado al descubierto, y dio un tirón brutal. Las chispas saltaron, iluminando su rostro pálido por una fracción de segundo.

La casa entera murió de golpe. El zumbido de la nevera se detuvo. El parpadeo verde del router se apagó. La oscuridad fue absoluta.

Arriba, el chirrido de la trampilla del desván se detuvo a la mitad. El crujido de la madera delató a Elena, que acababa de asomarse.

—¿Javi? —susurró ella. Su voz traicionó un levísimo temblor—. ¿Qué ha sido eso?

—Se han cortado los plomos —respondió el policía. El sonido metálico de su arma reglamentaria siendo desenfundada resonó en la casa. Un haz de luz blanca y cegadora brotó de la linterna táctica

adosada al cañón, barriendo el salón vacío y deteniéndose en el umbral de la cocina.

Álex se pegó a los armarios bajos, con el corazón latiéndole en la garganta.

Había llegado el momento.

—No la llames, Javi —dijo Álex desde las sombras. Su voz temblaba, pero el eco en la cocina la hizo sonar envolvente, fantasmal—. No va a bajar a ayudarte. Solo baja cuando tú no estás mirando.

El haz de luz de Javi se detuvo bruscamente, apuntando hacia la cocina.

—¡Álex! —Javi alzó el arma—. Sal de ahí, joder. Estás a oscuras, estás drogado. Se acabó el juego.

—Sé lo de Marta, Javi —continuó Álex, ignorando la amenaza, arrastrándose por el suelo hacia el otro extremo de la isla para que la voz cambiara de sitio—. Fui a su casa. La encontré muerta. Sé que me queréis usar como el suicida perfecto para cobrar el seguro y largaros con el dinero de mi empresa.

Javi apretó los dientes. La luz de la linterna tembló ligeramente.

—Si sabes eso, entonces sabes que no tienes salida. Tu propia suegra te echaba la culpa. Sal de ahí y tómate las pastillas por las buenas. No me obligues a hacerlo por las malas.

—¿De verdad crees que te va a dar tu parte, Javi? —la voz de Álex destilaba un veneno húmedo, desesperado—. ¿Crees que la mujer que acaba de matar a su propia madre va a ser leal a un poli de pueblo?

—¡Cállate! —bramó Javi, dando un paso hacia la cocina.

—Te está mintiendo, Javi. Lleva mintiéndote semanas. Anoche te dijo que se cortó por accidente al bajar a por comida, ¿verdad? Eso ponía en el mensaje que le enviaste al teléfono de prepago.

Javi se tensó de forma ineludible. No esperaba que Álex supiera lo del teléfono

—Pero no te dijo la verdad. No bajó por necesidad. Bajó porque no puede evitarlo. Pisó mi trampa porque disfruta viéndome sufrir de cerca. ¿De verdad crees que una mujer así va a repartir el dinero

contigo? ¿Crees que te va a ser leal a ti, un poli de pueblo, cuando ya no te necesite para limpiar sus desastres?

El silencio cayó como una losa. Javi se detuvo en seco y giró bruscamente el arma, apuntando la luz hacia arriba, hacia la escalerilla del desván. Sus ojos pasaron de Álex a Elena con una sospecha nueva y oscura, y la duda, oscura y pesada, se instaló en su rostro.

—¿Es verdad? —le exigió a la sombra que bajaba—. Dijiste que fue un descuido. ¿Qué más estás haciendo a mis espaldas?

Ese segundo de duda fue el error de Javi, que se giró hacia ella, dándole la espalda a la cocina por un instante.

Álex intentó aprovecharlo para correr hacia la puerta principal, pero el agotamiento le traicionó. Sus pies resbalaron en las baldosas. Cayó al suelo con un golpe sordo.

Javi giró la linterna y lo enfocó de lleno.

—¡Ahí estás, hijo de puta!

El policía se abalanzó sobre él. No hubo una pelea justa. Álex, pesando quince kilos menos que hace un año, no fue rival para la furia de Javi. El policía lo levantó del suelo por el cuello de la sudadera y lo estrelló contra los armarios de la cocina. El impacto le sacó el aire a Álex. Antes de que pudiera respirar, un puñetazo brutal de Javi le reventó el labio.

Álex cayó de rodillas, escupiendo sangre, con la cabeza dándole vueltas. Javi lo agarró del pelo y le apretó el cañón de la pistola contra la sien.

—Te lo advertí, Álex —jadeó Javi, respirando con fuerza, completamente desquiciado—. Ibas a morir esta noche y lo vas a hacer. Voy a embutirte las pastillas por la garganta hasta que te ahogues.

Javi metió la mano libre en el bolsillo buscando un frasco de repuesto, pero antes de encontrarlo, miró por encima del hombro hacia Elena, que se había acercado en silencio a la entrada de la cocina.

—Y tú y yo vamos a tener una charlita muy seria sobre quién da las órdenes aquí —le espetó Javi a la mujer.

Elena lo miró desde la oscuridad. La luz residual de la linterna de Javi iluminó su rostro pálido. No había miedo en sus ojos verdes. No había sumisión. Solo un cálculo frío y definitivo.

—El plan ha cambiado, Javi —dijo ella. Su voz era plana, carente de cualquier inflexión.

Antes de que el policía pudiera procesar la frase, Elena dio un paso al frente. Su mano derecha salió de la sombra. Empuñaba el enorme cuchillo de chef que Álex había abandonado en el cuarto de invitados la noche anterior.

Sin un grito, sin dudar una fracción de segundo, Elena clavó el cuchillo en la base del cuello de Javi, justo por encima de la clavícula. Lo hundió hasta la empuñadura, buscando la arteria carótida, y giró la hoja con una fuerza salvaje.

Javi emitió un sonido húmedo, un gorjeo atroz. Soltó a Álex de inmediato y se llevó las manos al cuello, dejando caer el arma y la linterna al suelo. La sangre brotó a borbotones oscuros y espesos, escurriéndose entre los dedos del policía. Javi retrocedió, tropezando con sus propios pies, mirando a Elena con los ojos desorbitados por la incredulidad y la traición.

Su "reina" acababa de sacrificarlo sin parpadear.

—Eres un buen perro guardián, Javi —susurró Elena, observando cómo el hombre que había matado por ella se ahogaba en su propia sangre—. Pero los perros no viajan en primera clase.

Javi cayó de rodillas, emitiendo un último estertor espumoso, y se desplomó de cara contra las baldosas de la cocina.

Álex, tirado a un metro de distancia, se apretó la herida del labio, mirando el cadáver de su mejor amigo. El terror absoluto le paralizó. Tenía razón. Ella era el verdadero monstruo.

Elena arrancó el cuchillo del cuello de Javi con un tirón seco. La hoja goteaba sobre el suelo. Se giró hacia Álex. La luz de la linterna tirada en el suelo proyectaba su sombra enorme contra el techo, como un demonio que acabara de salir de su letargo.

—Mira lo que me has obligado a hacer —dijo ella, acercándose a Álex despacio, cojeando levemente pero sin apartar los ojos de él—. Ahora tendré que contárselo todo a la policía. Les diré que Javi estaba obsesionado conmigo. Que me secuestró, que falsificó mi

firma, que enloqueció y mató a mi madre. Y cuando tú lo descubriste esta noche, os peleasteis y os matasteis el uno al otro.

Se agachó frente a Álex, levantando el cuchillo manchado de la sangre de Javi.

—Seré la viuda trágica que sobrevivió a un policía psicópata —sonrió ella, una sonrisa que no llegó a sus ojos—. Y heredaré el cien por cien de la empresa limpia de polvo y paja. Gracias por facilitarme las cosas, cariño.

Elena levantó el brazo para asestarle el golpe final en el pecho. Álex no tenía fuerzas para detenerla. Estaba acorralado contra los muebles de la cocina.

Pero entonces, Álex empezó a reírse.

Era una risa burbujeante, manchada de sangre, que le subía desde el estómago. Sonaba tan desquiciada que Elena detuvo el cuchillo en el aire, frunciendo el ceño, desconcertada.

—¿De qué te ríes, idiota? —siseó ella.

—De que te crees intocable, Elena... —tosió Álex, apoyando la cabeza contra la madera del armario. Le dolía cada hueso del cuerpo, pero su mirada era puro hielo—. Pero yo no soy Javi. No he venido a ganarte a golpes. Sabía que me destrozaría. Yo solo necesitaba darles tiempo a llegar.

Elena frunció los labios.

—Estás delirando.

—Antes de entrar en la casa... —Álex tragó saliva, saboreando la sangre—, llamé a la comandancia de la Guardia Civil de la capital. A los de fuera, no a los amigos de Javi. Les di esta dirección. Les dije que mi mujer, la que fingió su muerte para vaciar mi empresa, acababa de asesinar a mi suegra. Les dije que erais peligrosos. Llevo media hora ganando tiempo, Elena. A estas alturas, ya habrán rodeado todo el perímetro de la casa. No tienes adónde huir.

—¿Y crees que te van a creer a ti, el viudo loco y sedado? —se burló ella, agarrando el cuchillo con más fuerza, aunque su voz vaciló—. Soy una víctima secuestrada.

Álex levantó una mano temblorosa y señaló su propio bolsillo de la sudadera.

—Van a creer al teléfono de prepago que encontré bajo tu colchón en el desván. El de los mensajes. «Mi amor, mañana se suicidará y nos largaremos», ¿recuerdas? Te va a resultar muy difícil explicarle a un juez que Javi te tenía secuestrada cuando hay mensajes tuyos dándole órdenes.

La sonrisa de Elena desapareció. La seguridad clínica de su rostro se resquebrajó, dejando paso a una palidez enfermiza.

—Mientes —susurró ella, retrocediendo un paso.

Álex no tuvo que responder.

El exterior de la casa se iluminó de golpe. Destellos azulados, potentes y frenéticos, se filtraron a través de las persianas de la cocina y el salón, inundando la oscuridad con el color de la urgencia. El sonido de varias sirenas rasgó el silencio de la calle, deteniéndose justo frente al porche. Se oyeron neumáticos derrapando sobre la grava y puertas de coches abriéndose de golpe.

—¡GUARDIA CIVIL! ¡Abran la puerta!

El sonido de golpes secos y pesados retumbó contra la puerta de entrada. La madera vieja crujió bajo el impacto de un ariete táctico. Los golpes empezaron a sucederse, violentos y constantes.

Elena dejó caer el cuchillo. El acero repiqueteó contra las baldosas, junto al charco oscuro que se expandía bajo el cuerpo de Javi. Retrocedió torpemente, mirando las luces policiales que parpadeaban en las paredes de su casa. Estaba atrapada. Miró el cadáver degollado a sus pies. Miró sus propias manos manchadas de sangre roja y brillante. Su teatro de víctima indefensa acababa de desintegrarse frente a la cruda realidad.

Álex se quedó sentado en el suelo, con el labio partido, consumido por el cansancio, pero con la cabeza alta. Miró al monstruo que le había robado un año de vida y supo que, por fin, había recuperado el control.

Habían intentado encerrarle en la prisión de su propia mente. Pero esta noche, la jaula ya no era para él.

EPÍLOGO

Cierre de telón

La puerta principal de madera maciza no aguantó el tercer impacto del ariete. Se astilló con un estruendo ensordecedor, cediendo el paso a media docena de agentes de la Guardia Civil fuertemente armados.

Los haces de luz de los fusiles barrieron la estancia, disipando la penumbra que había reinado en esa casa durante un año.

—¡Tire el arma! ¡Manos a la cabeza, al suelo! —gritó el sargento al mando.

Elena miró el cuchillo ensangrentado en el suelo. Cayó de rodillas, levantando las manos, y en un último y desesperado intento de supervivencia, su rostro adoptó la máscara de la víctima perfecta. Las lágrimas brotaron de sus ojos verdes.

—¡Ayúdenme! —sollozó, con la voz rota—. ¡Ese policía me tenía secuestrada! ¡Quería matarnos a mi marido y a mí! ¡Tienen que creerme!

El sargento la miró, luego miró el cadáver de Javi con el cuello destrozado, y finalmente iluminó a Álex, que seguía apoyado contra los armarios de la cocina, sangrando por el labio pero extrañamente sereno.

Álex no dijo una palabra. Simplemente levantó una mano temblorosa y señaló el teléfono móvil de prepago que yacía en el suelo, a un metro de Elena.

Un agente lo recogió con un guante de látex, iluminó la pantalla y leyó el último mensaje enviado. El teatro se había acabado. Elena fue esposada, y mientras la arrastraban hacia el exterior, sus gritos

de falsa desesperación se transformaron en insultos cargados de un odio puro y animal.

Álex cerró los ojos y dejó que los paramédicos lo sacaran en camilla. Al cruzar el umbral hacia el porche, la llovizna helada le golpeó la cara. Respiró hondo. El aire nunca le había parecido tan limpio.

Seis meses después.

El locutorio del Centro Penitenciario de Soto del Real olía a desinfectante industrial y a sudor frío.

Álex se sentó en la silla de metal frente al grueso cristal blindado. Llevaba un traje gris a medida, el pelo perfectamente recortado y el porte de un hombre que ha vuelto a tomar las riendas de su empresa y de su vida. Había recuperado su peso, y en sus ojos ya no quedaba ni rastro del viudo atormentado.

La puerta del otro lado se abrió.

Elena entró escoltada por una funcionaria. Llevaba el uniforme gris de la prisión. Su pelo negro, antes brillante y perfecto, ahora caía sin gracia, apagado. Las ojeras que enmarcaban sus ojos ya no eran maquillaje escénico para asustar en la oscuridad; eran reales, profundas, talladas por noches de insomnio en una celda de seis metros cuadrados.

Se sentó y descolgó el teléfono de la pared. Álex hizo lo mismo.

Se miraron durante un largo minuto.

—¿Has venido a regodearte? —preguntó ella. Su voz, filtrada por el auricular, sonaba áspera, rasposa.

—He venido a traer los papeles definitivos del divorcio —respondió Álex con calma, deslizando un sobre manila por la ranura inferior del cristal—. Mi abogada dice que firmes donde las cruces rojas. Esta vez, intenta no falsificar tu propia firma.

Elena miró el sobre, apretando la mandíbula hasta que los músculos se le marcaron.

—Te crees muy listo, ¿verdad? —siseó ella, acercándose al cristal —. Me pudriré aquí por lo de mi madre y lo de Javi. Pero tú y yo sabemos la verdad, Álex. Eras un pelele. Un perdedor borracho. Y siempre tendrás miedo de la oscuridad. Mi fantasma no se va a ir de esa casa.

Álex sonrió. Fue una sonrisa genuina, carente de rabia o dolor. Esa era su mayor victoria: ella ya no tenía ningún poder sobre él.

—Esa es la diferencia entre nosotros, Elena. Yo estaba enfermo, y me curé. Tú naciste podrida, y así te vas a quedar. —Álex colgó el teléfono en su gancho de la pared antes de que ella pudiera responder.

Se levantó, se abotonó la chaqueta y se dio la vuelta, ignorando los golpes sordos que Elena empezó a dar contra el cristal blindado a sus espaldas. Salió al patio de la prisión, caminó hacia su coche y no miró atrás.

Esa misma noche, en la casa, el silencio no era una sentencia; era paz.

Las paredes de madera estaban limpias. El desván volvía a ser solo un trastero donde se guardaban viejas decoraciones de Navidad. El olor a gardenias había desaparecido por completo, sustituido por el aroma a café recién hecho y a leña ardiendo en la chimenea.

Álex fue a la cocina. La puerta del frigorífico de acero inoxidable brillaba inmaculada.

Abrió la alacena, sacó la botella de Lágrimas de Malta y se sirvió un dedo en un vaso de cristal grueso. No había pastillas en la encimera. No había mensajes en el polvo.

Caminó hacia el salón, deteniéndose frente a la mesita donde antes descansaba la vieja caja de música. En su lugar, ahora había una pequeña fotografía de él junto a Marta, sonriendo en un restaurante años atrás. Un recuerdo honesto. Un recuerdo limpio.

Álex levantó el vaso hacia la foto.

—Por tu paz, Marta —susurró.

Dio un sorbo al whisky, sintiendo el calor agradable bajándole por la garganta. Apagó las luces del salón y subió las escaleras a oscuras, paso a paso, sin mirar atrás, sabiendo que ya no había monstruos acechando en las sombras.

Los monstruos estaban todos encerrados. Y él, por fin, era libre.

FIN
